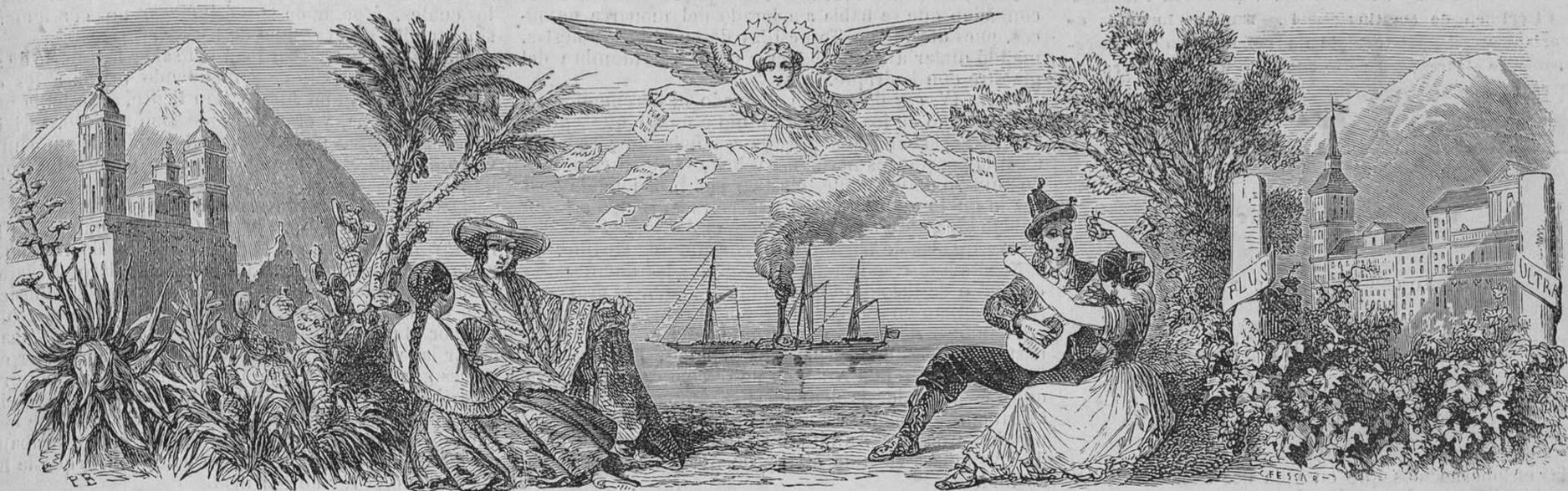


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 20 de *la Moda*.

1869. — Tomo XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, pasage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 28. — N° 875.



ESPAÑA — Salida de una banda carlista de una aldea de la Alta Montaña en Cataluña.

SUMARIO.

España. — Salida de una banda carlista de una aldea de Cataluña. — Estudios históricos. — El istmo de Suez; grabado. — Fiestas de Ginebra; grabados. — Revista de París. — Poesías: El desierto de Atacama. — Intimidades. — Adios. — El beton aglomerado; grabados. — Tradición de los rabinos de Jerusalem. — Conor O'Mara, tradición irlandesa. — El crimen de Pantin; grabado. — Embellecimientos de París; grabado. — Historia de un pañuelo blanco. — Problemas de ajedrez; grabado. — Incendio del teatro real de Dresde; grabado.

Estudios históricos.

REFLEXIONES SOBRE EL REINADO

DE DON PEDRO I DE CASTILLA.

(Continuacion.)

Mas ensoberbecidos que en vida del ex-favorito, los confederados estrecharon de tal manera al rey, que le obligaron á encerrarse en una pequeña aldea no lejos de Toro. Enviaron asimismo al monarca castellano una embajada, y como quiera que este no desmayase en sus mayores peligros, ni aun quiso dar oídos á los embajadores, volviéndose otra vez al lado de su mancha, sin escuchar los ruegos de todo el pais que deseaba llevar á su lado á Doña Blanca de Castilla. La reina madre, que habia hecho todo lo posible por apartar á su hijo de la senda por donde ella misma le llevara, convencida de la inutilidad de sus esfuerzos, entregó la villa de Toro á los de la liga. El rey, viendo la faz que presentaban los sucesos, corrió á reunirse á la reina madre y se entregó á los confederados, pues le tuvieron encerrado en Toro sin permitirle mas que el ejercicio de la caza.

Como era de esperar, estas detenciones y humillaciones á la corona de Castilla, de tal manera irritaron á Don Pedro, que se escapó de Toro á Burgos, donde se formaron Cortes. Quejóse en ellas el rey de la insolencia de los grandes confederados, del poco respeto que tuvieran á la dignidad real, y de las controversias que afluyen sobre la corona; pidió gente para castigar los motores de la rebelion, se le concedió, y con ella marchó contra Toro, con toda la rabia de un monarca verdaderamente ofendido.

Pero su ira chocó vanamente contra las murallas de la villa y los pechos de los que servian al bastardo, viéndose precisado á retirarse precipitadamente. Dirigióse á escape sobre Toledo, y matando en el camino dos señores de la nobleza, no pudo evitar que Don Enrique llegase antes que él á la citada ciudad, la que abandonó al saber la llegada del rey su hermano. Sin embargo, hallando en el camino los bagajes de este cerca de Talavera, los cogió, en tanto que los sencillos habitantes de Toledo, cayendo en el lazo que los tendiera Don Pedro, pues habia dicho que iba á buscar á Doña Blanca para unirse á ella, abrieron las puertas de la villa y le dieron entrada con toda su gente.

Empero bien pronto (1355) se conoció el doble sentido de las palabras del rey, pues conducida Doña Blanca al castillo de Sigüenza por su orden, mandó matar á veinte ciudadanos nobles, toledanos, con otros señores, sin motivo ni causa de ninguna especie, y solo porque defendieran á la desventurada francesa. Deseaba el irritado monarca concluir de raíz con la rebelion; así fué, que á los pocos dias de permanencia en la gótica ciudad, volvió contra Toro, nuevamente parapetado, y donde se hallaba la reina madre con otros muchos señores de la confederacion. Sea temor de los de la ciudad, ó que Doña María confiase en el amor que su hijo debiera tenerle, ello es que Toro fué tomada sin resistencia de ningún género. Temiendo sus iras, habíanse retirado al alcázar Doña María y la condesa doña Juana con otros caballeros de su séquito, y se hacian fuertes allí. Estrechadas por las tropas de Don Pedro, este les intimó la rendicion, á lo que atendieron y que ejecutaron en seguida por estar con ellos la madre del rey. Mas nunca se hubieran entregado, porque no bien lo hubieron hecho, cuando las cabezas de Estéban Carpintero y Ruy Gonzalez Castañeda con otros caballeros principales, rodaron por el suelo, allí mismo á la entrada del alcázar, y sin respeto á la reina Doña María y la condesa doña Juana que hicieron lo posible, ya con súplicas, ya con maldiciones para contener el rencor del monarca castellano.

La desventurada reina madre, cuando (1356) se convenció de la maldad de su hijo, y cuando notó que no habia cura para los males que affligian á Castilla, se retiró á Portugal, su patria; y allí por los sufrimientos y las desventuras murió al poco tiempo, sin que esta muerte hiciera mella en el alma ya empedernida del monarca castellano, que despues de algunos años de recta justicia, venia por las disensiones y por su mal carácter, á ser el mas cruel que cuenta nuestra historia.

II.

Hubo entonces grandes fiestas en Tordesillas, sin duda por la victoria que Don Pedro habia conseguido, y porque se vanagloriaba ya de haber concluido con los rebeldes.

Pero hasta en los mismos regocijos se demostraba la condicion que se habia apoderado del monarca entonces, pues al salir de Tordesillas despues de las fiestas, mandó matar á dos caballeros de la servidumbre del maestre don Fadrique.

Pedro IV, rey de Aragon, llamado el Ceremonioso, y que era uno de los tres del mismo nombre que entonces se repartian la península española, quejóse al de Castilla porque sus hermanos rebeldes habian encontrado amparo de él; contestóle Don Pedro diciéndole á su vez lo quejoso que estaba de su política, siendo así que habian sido apresadas por la corona de Aragon dos galeas cargadas de trigo para el consumo de Castilla.

Negóse á la respuesta el aragonés, y las enemistades crecieron de todo punto, cuando unas naves aragonesas, que iban en socorro del rey de Francia, apresaron en Sanlúcar de Barrameda, ante la vista del rey de Castilla, dos buques gruesos castellanos. Pidióse satisfaccion del ultraje á Aragon; no se comprendió ó no se quiso comprender la demanda; se empezó la guerra, tomando los aragoneses posesion de Alic, y los castellanos de Bordalua y Ambite, en tanto que don Enrique de Trastamara se unia al rey de Aragon contra el de Castilla.

Veíase Don Pedro poco seguro con sus defensores, y su mala posicion creció de punto cuando le abandonaron Alvar Perez de Guzman y Juan de la Cerda, temerosos por su honor, pues que habia puesto los ojos en sus mujeres; el segundo fué cogido de repente por el consejo de Sevilla, y entregado al rey, fué muerto al instante.

Penetraban en tanto los valientes castellanos por el territorio aragonés, tomando villas y posiciones sin número, á tal punto, que el monarca, viéndose en peligro, solicitó el auxilio de algunos caballeros. Corrió á él el conde de Fox con algunas lanzas y muchos descontentos del rey castellano.

Interesaba en tanto al papa Inocencio la suerte de los estados contendientes; envió un legado á España para tratar la paz entre ambos monarcas, y aunque no la pudo conseguir, hicieronse no obstante treguas por un año, obligándose los aragoneses á ceder las tierras y viñas que habian tomado. Aprovechóse Don Pedro de Castilla de tan feliz coyuntura y se dirigió precipitadamente á Andalucía, donde se dispuso á aparejar una armada formidable, con la cual pudiese atacar los pueblos marítimos de Aragon, acabada la tregua, pues de ningún modo deseaba la paz.

Se afianzaba mas y mas la liga entre los bastardos de Castilla y el aragonés; corrían á millares los caballeros rebeldes con sus mesnadas, temerosos de la ira castellana, en tanto que, abandonando á Padilla, el desenfrenado rey buscaba nuevas emociones en la virtuosa Aldonza Coronel. El legado del papa, interesado por el rey de Aragon, y viendo los desmanes del rey de Castilla, fulminaba contra este las mas terribles excomuniones, en tanto que Diego Carrillo, amigo de Trastamara, conseguia enganar á Don Pedro y apartar de su vista la esposa del bastardo, Doña Juana de Velasco, poniéndola en seguridad.

Irritábase á Don Pedro ver que sus estados se volvian contra él, y ansioso de acabar con aquella confusion que reinaba en Castilla, llamó á su palacio de Sevilla al maestre de Santiago Don Fadrique, y recibéndole con la sonrisa en los labios, le mandó matar por sus maceros de una manera tan cruel como ignominiosa.

Aquí se muestra el monarca castellano, mal que les pese á sus partidarios, cruel y fratricida. Sigamos al rey Don Pedro en esta senda, que no traza por primera vez.

Don Tello, hermano del maestre, huyó á Francia, y Don Juan de Aragon queria imitarle; pero cogido á su vez, fué muerto tambien y arrojado su cuerpo á la calle. No contento con esto el sañudo Don Pedro, temeroso de que los vizcainos, de los que habia sido señor Don Juan de Aragon, aclamaran ó defendieran á la viuda Doña Isabel, la hizo matar con la reina Doña Leonor, dirigiéndose en seguida á Valladolid, donde le presentaron las cabezas de infinidad de victimas que habia ordenado. Declaró entonces á los bastardos con Don Fernando de Aragon, y á los castellanos adictos como traidores y rebeldes, en tanto que Don Enrique de Trastamara y Don Fernando, irritados de lo mal que trataba á sus hermanos el de Castilla, entraban la frontera con dos ejércitos notables, asolando el primero la tierra de Campos y Soria, y el segundo, haciendo en Murcia gran destrozo. Retiróse Don Pedro al Burgo de Osma, enviando un mensajero al rey de Aragon, quejándose de la manera desleal con que se habia roto la tregua. Como el de Aragon no contestara satisfactoriamente, partió el de Castilla á Sevilla para equipar y armar una flota contra el aragonés; y en tanto que este tomaba impunemente á Medinaceli, llegaban los buques al mando de Bocanegra, el rey, el maestre de Calatrava y otros señores al frente de Barcelona. Empero tan aprestado se hallaba el de Aragon y tan puesto á la defensiva, que la escuadra castellana tuvo que retroceder, dejando al rey en Cartagena, desde donde partió á Tordesillas al lado de doña María de

Padilla, que volvía á querer nuevamente, y que dió á luz un hijo.

Mientras que Don Pedro se hallaba al lado de su querida, y que la escuadra desbaratada anclaba en Sevilla, los ejércitos aragonés y castellano se encontraban con furia en los campos de Araviana, á la falda del Moncayo; y tan funesto se presentaba el hado al segundo, que quedó desbaratado con sus principales capitanes Juan Fernandez de Hinesrosa, valido de Don Pedro, tío de doña María de Padilla, y don Fernando de Castro, los cuales, á pesar de sus esfuerzos, no consiguieron sino quedar en el campo de batalla.

Llenóse de furor Don Pedro al saber la muerte de sus mas queridos vasallos, y mandando matar á los dos tiernos infantes Don Juan y Don Pedro, que tenia presos en Carmona, y eran hijos de Don Alfonso, dirigióse hácia Nágera, matando en el camino á un sinnúmero de señores, y cometiendo todo genero de tropelias.

Marchaban en tanto los de Aragon, progresando en su demanda, ya porque los de Castilla, temiendo el furor inconstante de Don Pedro, se iban al de Aragon, ó ya porque, alentados con las tomas de Haro, Nágera y Tarazona, creían que no habria ya quien se opusiera á su marcha victoriosa. Empero bien pronto, derrotados por el rey de Castilla, tuvieron que retirarse y abandonar las villas que habian tomado, quedando por entonces guardada la frontera y volviendo el valiente rey á Sevilla. Sin embargo, no bien hubo entrado en la ciudad, cuando manchó el timbre de la victoria que acababa de conseguir, mandando matar á algunos caballeros que se habian grangeado su odio, y otros que le habia enviado el rey de Portugal.

Encontráronse entonces (1359) en el Mediterráneo algunas naves aragonesas con las castellanas, que habiéndolas apresado y conducido á Sevilla, fueron muertos por orden del rey los soldados aragoneses con el capitán de las embarcaciones apresadas, y despues de esto, formando causa á Samuel Levi, su tesorero mayor, le hizo matar, apoderándose de sus bienes.

Tratábanse las paces por la tercera vez entre los reyes de Castilla y Aragon. Influyendo el legado en estas paces, quedaron concluidas por entonces, apareciendo en Deza un pregonero.

Recibíase nuevas de Granada (1360). El trono musulímico, ocupado por Mahomet Yago, acababa de ser hollado por Mahomet Barba-Roja, quien, valiéndose de una conspiracion, usurpaba aquel puesto deseado. No se le ocultaba á Don Pedro el provecho que podria sacar en este suceso; pero su imaginacion le representaba sin cesar á la desgraciada Blanca de Borbon, relegada á Medinasidonia, y viendo que la situacion de la reina interesaba á toda la Castilla y se oponia á sus planes, dió orden á su guardador el alcalde Inigo de Stúñiga, para que la diese un tósigo que pusiera fin á sus dias; pero el honrado caballero rehusó propuesta tan infame, y dejó su lugar á un hombre desnaturalizado, que no tardó en cumplir los deseos del rey.

En el entre tanto, juntadas tropas y bagajes, se empezaba la guerra de Granada, porque Don Pedro, como amigo del rey caido, queria favorecerle. Cercóse Antequera y se taló la vega de Cazorla por los cristianos, que se vieron obligados á retirarse, tornando á Castilla, y dejando no obstante en Jaen y otros puntos cierto número de caballeros que impidiesen las frecuentes salidas de los árabes, que recorrían la comarca haciendo presa y botín en demasia.

Temíase á todo esto la renovacion de la guerra de Aragon, porque los bastardos, que hacian todo lo posible por remover los ánimos en Castilla, habian conseguido del legado del papa, que les alzase el entredicho que contra ellos habia lanzado Don Pedro, y se retiraban algunos á Francia para solicitar socorros.

Distraído el rey de Castilla con la guerra de Granada, abandonó enteramente por entonces las revueltas que originaban los bastardos en Aragon, y puso todas sus miras en la Andalucía. El 18 de febrero de 1362 llegó la vanguardia cristiana delante de Guadix, creyendo encontrar esta ciudad abandonada, y con el objeto al mismo tiempo de talar la vega de Alhama. Mas de repente, sorprendidos por tropas árabes que habian venido de Granada, se vieron obligados á abandonar precipitadamente el campo de batalla á costa de sangre derramada, contándose entre los muertos el gran maestre de Calatrava Diego Garcia de Padilla, y al adelantado de Jaen, Enriquez.

Apenas recibió la noticia de esta derrota el rey de Castilla, cuando ya su carácter fogoso y cruel no pudo contenerse en los estrechos limites para él, en que la naturaleza le colocara. Mas irritado se hallaba, y subió de todo punto su orgullo y su soberbia desmedida, cuando vió volver al maestre de Calatrava, libre, con ricos presentes y sin rescate alguno, trayendo embajada del rey de Granada, que era el que tan bien se portaba.

De consiguiente, como el rey, á pesar de esto, persistiese en su rencorosa venganza, al verse vencido, hizo continuar las hostilidades; taláronse enteramente por las tropas castellanas los campos de Andalucía, y como el usurpador de Granada notase en su reino disensiones entre algunos de los suyos que se allegaban al caido Yago, ya elevado como rey en Málaga, se dirigió á Castilla para hacer cesar las contiendas y captarse la benevolencia del rey Don Pedro.

Entró, pues, en Sevilla el mismo Barba-Roja, acompañado de un numeroso séquito, con ricos presentes, y rindiendo pleito homenaje, ofreció al rey de Castilla, entre los regalos que le traía, las párias que era cos-

tumbre inmemorial que pagaran los reyes de Granada. Don Pedro, con hipócrita afabilidad, los recibió mostrando gran amistad y convidándolos a cenar con él, lo que admitieron los crédulos árabes; mas no bien se hallaban al fin del suntuoso festín, cuando se presentó un emisario del rey, y prendiéndolos á todos, se los condujo á una prision, donde estuvieron dos dias, al cabo de los cuales fueron sacados de ella, y conducidos de una manera vergonzosa al campo de Tablada de Sevilla, y muertos cual reos ó culpables de alta traicion.

En seguida el rey Don Pedro mandó (1363) un parte al monarca legitimo de Granada, diciéndole que podia marchar y ocupar el trono inmediatamente. Mahomet Yago, que era aclamado ya generalmente en toda la Andalucia, volvió á ocupar el sitio que le pertenecía de derecho, en tanto que el rey de Castilla, concitándose enemigos con lo que acababa de hacer, se ocupaba de marchar por la cuarta vez contra el aragonés.

III.

Antes de marchar contra Aragon, juntó el rey Cortés en Sevilla, donde declaró solemnemente que su casamiento con Doña Blanca no fué válido, por cuanto antes se habia casado con Doña Maria de Padilla, de lo cual ponía como testigos presenciales á Juan Perez de Hiestrosa y Diego Garcia de Padilla, hermano de la dicha Doña Maria, á Juan Mayorga, canciller, y por último al abad de Santander, Juan Perez de Orduña. Añadia el rey, que no habia querido decir nada antes por miedo que se alzasen contra él. Los testigos, sea que temieran al rey, y que estuvieran escarmentados con los hechos anteriores, ó por otra causa, afirmaron ser cierto todo lo dicho. Declaró con esto reina de Castilla y Leon á Doña Maria de Padilla, y por consecuencia herederos del trono á los hijos habidos en ella, Don Alfonso, Doña Beatriz, Doña Constanza y Doña Isabel.

Después de esta fúnebre aclamacion, pues se trataba de una reina muerta ya, marchó el rey á Soria, donde encontró al de Navarra, Carlos el Malo, que, temiendo la perfidia de Don Pedro, no vacilaba todo lo que quisiera, conviniéndose ambos contra el rey de Aragon.

Marchó en su consecuencia Carlos el Malo sobre la frontera, tomando á Fox, mientras que Don Pedro caía sobre Calatayud, ganando al paso innumerables villas y fortalezas enemigas; y presentándose la dicha ciudad, derrotó en un pueblo llamado Miedes las tropas del conde de Luna, que el rey de Aragon enviara en socorro de Calatayud.

La nueva de este desastre fué terrible para el aragonés. Sin pérdida de tiempo, solicitó el amparo de la Francia y de los bastardos Don Enrique y Don Tello, que se hallaban en ella, mientras que Calatayud se entregaba honrosamente á los castellanos. Parecía natural que el rey, alentado por la victoria, hiciese por penetrar mas en el territorio aragonés y prosiguiese tomando plazas y posiciones enemigas; pero al contrario de lo que era de esperar, volvióse Don Pedro á Sevilla con algunos de sus caballeros. Allí tuvo el pesar, que sin daga contribuyó á mucho en su carácter, de ver morir á su hijo Don Alfonso; para asegurar la sucesion, pensó en hacer su testamento (1).

Cuando hubieron desaparecido del ánimo del rey estos pensamientos, volvió con todo su vigor á hacerse la guerra de Aragon. Receloso del francés, el rey de Castilla hizo un pacto con los ingleses, y con trescientas lanzas que le proporcionara el rey de Navarra y otras tantas el rey de Portugal, con las milicias del país, con los soldados que le enviara Mahomet Yago, y alguna mas gente, no vaciló en dirigirse á la frontera aragonesa, donde con buena suerte vió rendirse ante sí, y ocupó sucesivamente á Maluenda, Aranda, Borja, Tarazona y otras villas y castillos de menos cuenta.

Las tropas castellanas avanzaban, y cada paso en el territorio aragonés era una nueva victoria. Rindióse Cariñena y Daroca fué sitiada. El rey de Aragon, poco seguro, temia por sus Estados; observaba los adelantos del castellano, y seguidamente imploró el socorro del rey de Navarra. Este, tal vez un traidor, sin acordarse del pacto que hiciera con Don Pedro, accedió con el de Aragon, viendo de muy malagana los triunfos incesantes de aquel rey tan valiente como desgraciado, que tomaba á Tarazona, Teruel, Segorbe, Almenara y Murviedro, presentándose á la vista de Valencia, que recibia en su seno los refuerzos del aragonés.

Esto hizo que Don Pedro se retirase á Murviedro, en cuya ciudad recibió embajada del rey de Aragon y del nuncio apostólico, tratando las paces; mas ó sea que el de Castilla no quisiera admitirla sin las condiciones que se proponian, u otras causas, la paz no se hizo cual correspondia. Es verdad que Don Pedro de Castilla, requerido para firmar esta paz, sumamente afrentosa para el rey de Aragon, no accedió sino con la condicion de que se matara al infante Don Fernando y á Don Enrique de Trastamara.

El primero murió al poco tiempo, segun algunos historiadores, envenenado (2); y el segundo, corrió gran riesgo de ser lo mismo, si no fuera por sus partidarios y allegados, que le apreciaban á causa de su buen carácter; véase pues por esto, que la condicion impuesta por el castellano, si no fué exactamente cumplida, no fué por causa del de Aragon.

Sea de esto lo que quiera, los dos años siguientes (1365) fueron la continuacion de la guerra de Aragon. Parecía que las paces eran unas verdaderas treguas en que el enemigo trataba de pertrecharse todo lo posible para cuando se rompiese el trato. El rey de Castilla comenzó tomando á Alicante y á Castel-Fabrit, apresando cinco galeras catalanas y matando á los que iban en ellas, mientras que Don Enrique entraba en Murviedro, creándose defensores. En esta época es cuando dicen modernos y muy dignos de crédito historiadores, que Don Enrique de Trastamara, al aliarse con el rey de Aragon, lo hizo por medio de un pacto secreto, en el cual se obligaba el de Aragon á ayudar al bastardo en su usurpacion al trono de Castilla. De aquí la debatida cuestion de que el bastardo no pensó en el trono, sino cuando vió lo mal que esta recibia á su legitimo rey. Como quiera que este parecer sea aceptado por unos y por otros no, creemos que, de cualquier modo que se mire, la aspiracion al trono castellano, por un hijo espúreo, por un bastardo, siempre será denigrante la memoria de Don Enrique.

Desbandóse entonces, entrando por el Pirineo contra el rey de Castilla, y en socorro del de Aragon y el de Trastamara, un ejército formidable é irregular, compuesto en su mayor parte de las célebres *compañías blancas*, que merodeaban en Francia, y de un buen número de lanceros, mandados respectivamente por Hugo de Caverley y Beltran Duguesclin. Poco tardaron en unirse estos á la gente del bastardo, que tomaba á Calaborra, ó mejor dicho, penetraba en ella con aclamaciones de sus habitantes, que ya le reconocian como rey de Castilla. Rendianse seguidamente á los confederados, Brivesca, Navarrete y otras muchas aldeas y concejos pequeños, esparciendo por todas partes aquel raro entusiasmo que se empezaba á tener por el bastardo, y que necesariamente provenia de la inconsecuencia de Don Pedro en sus cosas.

Celebrábase no obstante Cortés en Búrgos, y como algunos caballeros franceses le propusieran, mediante una suma de dinero, traer á su lado las compañías que iban al lado de Don Enrique, desoyendo sus propuestas y poco favorecido, salido el rey irritado de Búrgos, alzando el juramento de fidelidad á sus habitantes, que se lo pidieran encarecidamente preveyendo ya la aproximacion del de Trastamara, dirigiéndose á Toledo, cuya ciudad, muy adicta á él, preparó para la defensa, dando al mismo tiempo orden á los capitanes que pusiera en la frontera de Aragon para que se retiraran, dirigiéndose á Sevilla.

Se acercaba en tanto Don Enrique á Búrgos, que le abrió sus puertas y le aclamó inmediatamente por rey de Castilla. En medio de los gritos de júbilo y la marcialidad de los sucesos, la victoriosa hueste se dirigió á Toledo, cuyos habitantes abrieron sus puertas con gran alborozo. Seguidamente se alzaron en favor del bastardo algunos otros puntos, quedando rey de Castilla aquel usurpador, que comenzó á repartir dones con prodigalidad.

Perdido se veia en tanto el verdadero soberano de las unidas Castillas y Leon, precisado á huir de Sevilla por sus vasallos y su mismo pueblo amotinado contra él, se habia refugiado en Portugal; pero el rey de este reino se negó á socorrerle, por cuyo motivo se dirigió á Galicia. Admitieronle allá á ruegos del arzobispo de Santiago, que le recibió afectuosamente. Pero como el rey fugitivo debia marchar á Bayona á solicitar el amparo del príncipe inglés, y para esto necesitaba haberes, sabiendo que el arzobispo era rico, le mandó matar á la puerta de la misma catedral por unos maceros, marchando después á Bayona, y dejando por gobernador á Fernando de Castro.

José G. JOVE y F. LUNA.

(Se concluirá.)

El istmo de Suez.

(Continuacion.)

EL LAGO TIMSAH Á VISTA DE PÁJARO.

Saludemos con un Ave á Santa Maria del Desierto, ó digamos en honor de la mezquita de Mariam un versículo del Alcoran, y dejando á nuestra espalda las alturas de El-Guisr, continuemos nuestro viaje por el canal.

Los pretiles siempre son altos, el paisaje siempre el mismo, esto es, imponente. Atravesamos capas de calcáreo y de arena en las cuales hay incrustados millones de conchas paludinas, formacion geológica que solo se halla en este punto del desierto.

Esta formacion se extiende desde El-Guisr hasta Ismailia.

Por fin se llega al kilómetro 75, y de repente al salir de una curva suave se encuentra una vasta sábana de agua.

Es el lago Timsah.

El lago Timsah es en medio del desierto, en el centro del istmo de Suez, un mar interior de 2,000 hectáreas de superficie y de 15 kilómetros de circunferencia, cuyas dimensiones no son menores que las de la pequeña rada de Tolon.

Antes de las obras este lago era un charco fangoso rodeado de juncos, y hoy se ha transformado en un inmenso receptáculo al cual ha traído el Mediterráneo

64.000.000 de metros cúbicos de agua. Cinco meses se han empleado en llenarle. La operacion se hizo por medio de un conducto que acarrea el agua con una velocidad de 0^m 30 por segundo, y que tenia 18 metros cuadrados. Todo se combinó tan bien, que ni las obras ni la navegacion se entorpecieron un solo instante. La trasformacion del lago Timsah se hizo sin obstáculo, y el lago se llenó con un éxito que dejó atónitos aun á los que menos lo creian.

Todas las arenas de las dragas, desde El-Ferdane, se trasportaron en embarcaciones chatas á los bajos del lago en la parte sudoeste, á fin de formar un canal directo de 500 metros de ancho, que pone en comunicacion el puerto de Ismailia con el canal marítimo.

Al llegar al lago Timsah la vista abraza un vasto panorama de 20 leguas: hemos hecho un dibujo á vista de pájaro de este conjunto y vamos á decir cuatro palabras para explicarle.

A la entrada del canal á la derecha, sobre un cerro, se eleva en primer término la casita rústica del virey Ismail-bajá. Esta bonita residencia, que domina el lago y sus lagunas, seduce por la ligereza de su construccion, en la cual la madera hace tan bonito juego con el ladrillo. Las esbeltas columnillas que sostienen la galeria que reina en torno de la habitacion, los balcones, las dos pirámides de la techumbre, su posicion elevada, todo contribuye á dar á esa casita el aspecto de una *Buen Retiro* aéreo que sale de las aguas.

Delante de esta habitacion se halla el taller VI, donde se hacen las reparaciones menudas, y el puertecillo donde está el material flotante. Los talleres de MM. Borel y Lavalley trabajan á su derecha. A su izquierda se abre la entrada del canal marítimo viniendo de Puerto-Said, y la de un conducto que va en derechura á las canteras llamadas de la planicie de las Hienas. De estas canteras han salido casi todas las piedras gastadas en las diferentes construcciones de Ismailia ó en las murallas de ciertas porciones de los pretiles. Por esa misma parte y sin dejar de seguir las orillas del lago, se descubre un antiguo horno de cal y los edificios de explotacion de una cantera abandonada.

A la derecha se ve entrar en el lago un ramal del canal de agua dulce. Este conducto, que sigue los contornos del lago, sube hácia Ismailia, donde se une con el canal de agua dulce por medio de dos compuertas de 3 metros, destinadas á compensar la diferencia de nivel que existe entre las aguas del Nilo y las del Mediterráneo.

Separada del lago por este ramal, la ciudad de Ismailia, capital del istmo, se extiende al Oeste. Delante de la nueva ciudad se distingue el humo de la fábrica Lasseron, cuyas poderosas bombas envian á Puerto-Said el agua dulce que tanto necesita. Esa otra nube de humo que se levanta sobre la ciudad y su último término, es la de las locomotoras que hay en la estacion del ferro-carril de Suez. La primera estacion de esta línea (Neffich), deja ver sus tejados, que se destacan en medio de las arenas.

Por la otra parte del lago, enfrente y un poco á la derecha, está la aldea de Bir-Abu-Ballak.

Finalmente, volviendo á la izquierda se descubre la otra entrada del canal marítimo que, al extremo sudoeste del panorama, sale del lago Timsah, al pié de una altura llamada Gebel-Mariam, para dirigirse hácia Suez por el Serapeum, los lagos Amargos y Chasuf.

Un pequeño grupo de habitaciones señala un campamento establecido en ese punto.

En esa lengua de tierra que corta y atraviesa el canal marítimo, y que separa el lago Timsah de los grandes lagos Amargos, brillan al sol los depósitos calcáreos de los bancos de Mourah, cerca de Toussoum; luego el campamento donde se hizo un atajo para contener las aguas del Mediterráneo, y por último, el *seuil* Serapeum, cuya abertura no ha costado menos esfuerzos que la zanja del Guisr.

Mas allá se extiende una inmensa sábana de agua que forma los lagos Amargos.

En las márgenes de los lagos Amargos y á la izquierda, se entreve una masa de puntos negros en el horizonte: son las puntas de los tamariscos que constituyen la selva de El-Amback, sumergida hoy por las aguas del Mediterráneo. A la otra parte y hácia el Oeste, hay una ondulacion de terreno que acusa la posicion del Gebel-Geneffé, á cuyo pié habia establecido la Compañía un campamento.

Por último, al fin de todo y como para indicar la última estacion del canal marítimo, se ve la montaña de Suez, el monte Ataka, que destaca en el fondo amarillento de las lejanas arenas su masa larga de un azul trasparente surcado de vetas rosadas.

Tal sería, con todos sus esplendores, el mágico panorama que se descubriría, si se dominase el lago Timsah desde lo alto de un globo.

Si nos trasportamos con el pensamiento á algunos años atrás, no podremos maravillarnos de tan poderosa trasformacion, impuesta por la civilizacion á esa tierra antes desolada. A esa Tebaida habitada por los chacales, la industria ha trasportado la constante actividad que en su vertiginoso desarrollo, forma pueblos de trabajadores. En esos pantanos secos donde apenas habia algun reptil inmundo, navegarán muy luego innumerables barcos cargados de riquezas.

Y todo esto se ha hecho porque un hombre ha querido que se hiciera. ¡Ah! Como dicen de Mahoma, los árabes podrán decir de M. de Lesseps: « Cuando dices de una cosa *Koun* (sé), es. »

R.

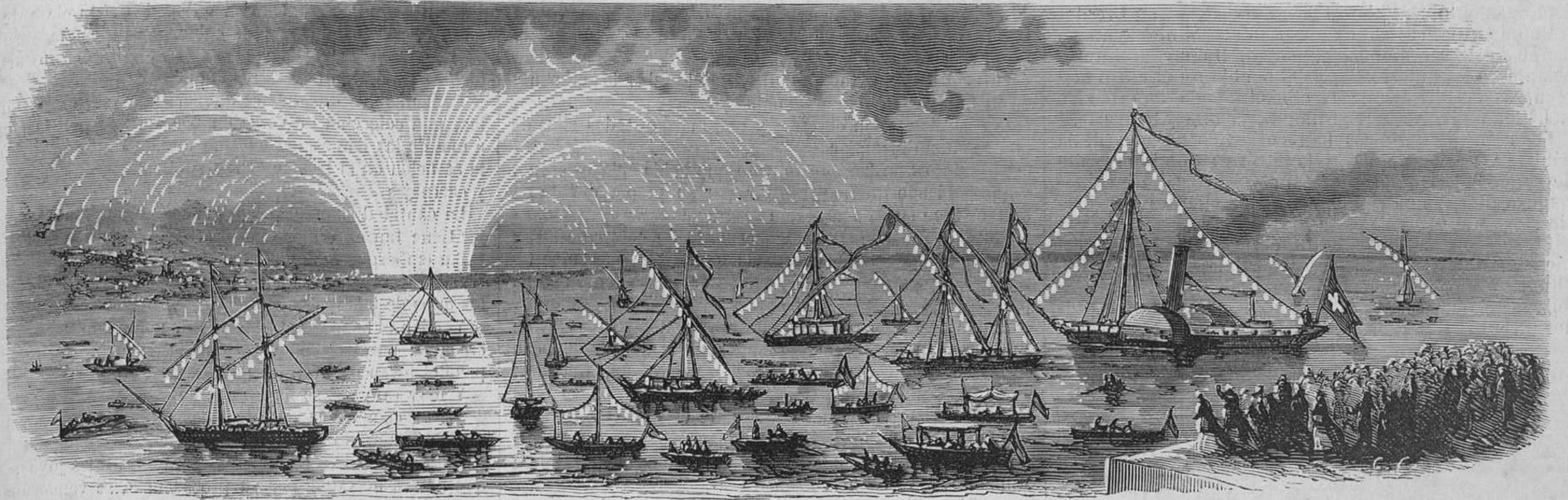
(Se continuará.)

(1) Zurita, *Anales de Aragon*.

(2) Mariana, que lo sacó de Pero Ayala.



CANAL DE SUEZ. — El lago Timsah: Vista general tomada de la casa del virey. — 1. Casa del virey. — 2. Taller IV. — 3. Entrada del canal marítimo en el lago Timsah. — 4. Canal de agua dulce. — 5. Fábrica de Lasseron. — 6. Ismailia. — 7. Embarcadero. — 8. Ferrocarril de Ismailia. — 9. Ferrocarril de Suez. — 10. Canal marítimo saliendo del lago Timsah. — 11. Gebel Mariam. — 12. Toussoum y la tumba del cheik Enedeck. — 13. Estación del Serapeum. — 14. Los lagos Amargos. — 15. Selva de El-Amback. — 16. Gebel-Geneffé. — 17. Suez. — 18. Bir-Abu-Ballah.



GINEBRA. — Fiestas del 20 y 21 de setiembre. — Inauguracion de un monumento nacional, y 50º aniversario de la reunion del canton de Ginebra á la Suiza.

Fiestas de Ginebra.

La ciudad de Ginebra acaba de celebrar el 50º aniversario de su reunion á la Confederacion suiza. Sabido es que esta reunion tuvo efecto á consecuencia de los

do efectuarse en 1864, pero la situacion política no permitió que en aquel tiempo se realizase el proyecto, y las fiestas de este feliz aniversario tan querido para todos los ginebrinos, se aplazaron forzosamente.

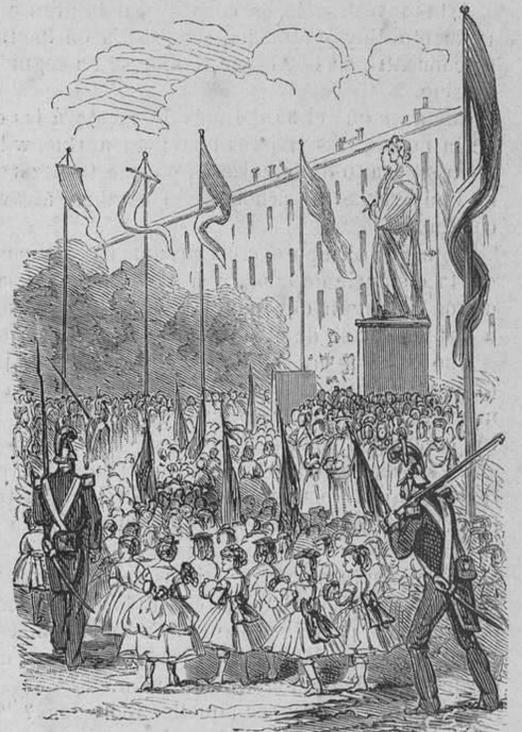
Ahora se han hecho, y podemos asegurar



Banquete popular de barrio.



Ceremonia de inauguracion del monumento nacional.



El grupo de la juventud.

sucesos de 1815. Ginebra que, durante el primer imperio, habia sido capital del departamento del Lemán, fué agregada por la Santa Alianza á la República helvética, y la ciudad ha querido consagrar con fiestas y un monumento nacional este recuerdo patriótico. La solemnidad habria debi-

que la tardanza no ha quitado nada al entusiasmo de la poblacion ni al brillo de las diversas ceremonias que han consagrado ese dia memorable.

El monumento que se ha elevado para recordar el aniversario es de bronce y con zócalo de granito, siendo obra de un ar-



El cortejo histórico.

tista de talento, M. Roberto Doves, que habita en Dresde.

Uno de nuestros dibujos representa el momento solemne de la ceremonia. El general Dufour pronuncia delante de las autoridades y del pueblo un discurso que recuerda las glorias de la ciudad donde han nacido J. J. Rousseau, Necker, Sismondi, Topffer y Saussure.

Los regocijos públicos han consistido en una fiesta náutica veneciana, un cortejo histórico y un intermedio de banquetes populares gratuitos organizados en diferentes calles, y que reunían á los habitantes por barrios.

En suma, estas fiestas de Ginebra han tenido un carácter de patriotismo sincero y de franca alegría. Añadirémos que cada una de las partes del programa tuvo feliz éxito, y que este día dejará en la memoria de todos un vivo recuerdo.

A. C.

Revista de Paris.

No se ha calmado aun el sentimiento de profunda indignación que se ha manifestado en Paris con el crimen de Troppmann. Muy lejos de eso, casi podría decirse que esa indignación va en aumento, y si bien es verdad que el campo de Pantin ha dejado de ser el paseo de los parisienses, no por esto es menor el interés que inspiran todos los detalles referentes á la causa que se sigue con suma actividad, y á las pesquisas hasta ahora infructuosas, que se hacen para descubrir el cadáver de Juan Kinck, no ya en Paris, sino en todo el camino por donde se sabe le acompañó el destructor de su infortunada familia.

Estas investigaciones constituyen la gran curiosidad del momento. Hoy la atención si no se fija en Pantin, es porque se concentra en la Alsacia, donde se ha seguido la pista al asesino.

Cuéntase que el 30 del mes de agosto á las diez y media de la noche, tres viajeros que iban á Guebwiller llegaron á un sitio alto de la calzada, en que tropezaron con el pié en unas ramas de árboles que estaban atravesadas en el camino.

Al mismo tiempo oyeron pronunciar algunas palabras á cierta distancia de ellos, y á medida que adelantaban pudieron distinguir dos individuos que estaban apostados allí á dos pasos uno de otro, inmóviles y silenciosos.

Uno de estos era muy alto y llevaba un traje blanco, en tanto que el otro, bajo y rechoncho, parecía vestido con una blusa azul, contra la cual estrechaba un grueso baston como queriendo esconderle.

No sin cierto recelo pasaron á su lado los tres caminantes; pero nada ocurrió que pudiera infundirles sospechas, fuera de lo que tenía de extraña su presencia en aquellos sitios.

Mas adelante nuestros viajeros encontraron unas personas que como ellos habian esperado á que cesara la tempestad, y les previnieron que habia dos hombres apostados en el camino y ofrecieron su compañía; pero no aceptaron porque pensaban cambiar de rumbo.

¿De dónde podian ser aquellos individuos?

Es de creer que habian llegado por la parte de Cernay, pues otros transeúntes habian visto ya aquellas ramas de árboles en el camino: parecia que esperaban á alguien de Cernay, y las ramas cortadas debian advertir que se encontraban alerta en el punto convenido.

La justicia ha recogido estas ramas.

Ahora bien, el 31 de agosto era el día en que Troppmann se presentaba en la casa de correos de Guebwiller con el nombre de Juan Kinck, para hacer efectivo el cobro de un giro de 5,500 francos.

Los lugares indicados mas arriba son los que se exploran hoy por orden de la autoridad competente.

Una vez han creído que habian encontrado el cadáver.

En el camino que va á Luzelles por Cernay se encuentra una charca de agua, bastante considerable para que haya exigido la construcción de un puente, charca situada á pocos metros tambien del camino de Bolwiller.

Un hombre se ofreció á penetrar en ese agujero, que tiene al menos 30 piés de profundidad, y con permiso del comisario de policía, salió á cumplir lo prometido en numerosa compañía.

Pero él se adelantó á todo el mundo, y cuando llegaron los curiosos á 200 metros de la charca, se le vió salir mojado y gritando que acababa de tocar una de las botas del cadáver, y luego desapareció anunciando por todas partes la noticia.

Sin embargo, no era cierto. Acudieron hombres que arrojaron ganchos al fondo de la charca y no sacaron nada.

A unos 300 metros del mismo lugar hay un bosquecillo en medio de una llanura. Decíase que en estos últimos tiempos los caballos que pasaban por aquellas inmediaciones relinchaban, y que los perros no querian entrar allí: emprendieron, pues, la exploración de este bosque en todos sentidos, sin descubrir indicio de ninguna clase.

Tambien inspira interés la familia Troppmann, una familia honrada y muy digna de lástima, con el borron de infamia que sobre su nombre acaba de arrojar el asesino.

Vive en Cernay, pueblo de la Alsacia cerca de Guebwiller, donde habia comprado una finca Juan Kinck, y se compone del padre, que cuenta cincuenta y seis años de edad,

de la madre, de tres hermanas, dos de ellas casadas, y de tres hermanos, de los cuales el mas joven es Juan Bautista, el asesino.

La madre es una infeliz mujer, que al saber los crímenes de su hijo ha enfermado de cuidado.

Los hermanos son obreros, y uno marino, todos ellos de una conducta ejemplar.

El padre es un hombre robusto que habia sido artesano, y que habiendo querido trabajar por su propia cuenta no ha tenido en su vida mas que desgracias.

El asesino estuvo en la escuela hasta los catorce años, y despues de haber trabajado como aprendiz en diferentes fábricas salió á correr mundo, sin parar nunca en ninguna parte.

Unas veces estaba en Paris, otras en Roubaix, otras en Mulhouse. En estos últimos tiempos pasó algunos días con su familia y dijo á su padre que si pudiera proporcionarse 1,500 francos se haria rico.

Hacerse rico era su constante afán: la sed del oro le devoraba.

En la última visita que hizo á sus padres se despidió para Mulhouse, y volvió á la madrugada.

— ¿Ahora llegas? le preguntó su madre; ¿cómo puede ser cuando á esta hora no hay tren ninguno?

— Es porque no he ido á Mulhouse, respondió Juan Bautista; no tenia necesidad de ir, puesto que he hallado en Guebwiller á la persona que debe ayudarme en mis planes, y me ha dado el dinero que me hace falta.

Y en prueba de ello entregó á su madre una moneda de 20 francos, y se despidió definitivamente.

Era á principios de setiembre y se sospecha que entonces debió asesinar en Alsacia ó en Bélgica á Juan Kinck, con quien le unia una amistad íntima.

Su familia no tuvo mas noticias de él hasta mediados de setiembre, en cuyo tiempo escribió desde Paris diferentes cartas.

El estilo es el hombre, dice Buffon: veamos hasta qué punto este axioma es aplicable á Troppmann.

«Paris 16 de setiembre. — Queridos padres: He vuelto hoy de Londres. Mis negocios van bien. Habiendo ido por allá, he escrito hoy algunas cartas, cuya respuesta espero, y tan luego como la reciba, iré de nuevo á Cernay. De las respuestas á mi carta depende ahora mi negocio. — Vuestro hijo, J. B. TROPPMANN.»

Verosíblemente esperaba la contestación á las cartas que antes habia escrito á la familia Kinck, con el nombre del padre, para que viniesen todos á Paris.

La desdichada señora Kinck, que recibia cartas con el nombre de su marido, que no estaban ni escritas ni firmadas por él, preguntó por qué no la escribia de su puño y letra, y entonces recibió otra carta como las anteriores, en que la decia que tenia estropeada una muñeca y debia valerse de un intérprete.

Así es que Troppmann no ha sabido qué contestar al juez cuando le observó que cómo era posible que Juan Kinck pudiese manejar un cuchillo, cuando segun habia escrito él mismo, no podia tener la pluma en la mano.

Su plan debia ser acabar con toda la familia, quitarles todo el dinero que tuviesen, trasladarse á América con las escrituras de las fincas, hacerse pasar por uno de la familia y venderlas por poder, si quedaba ignorado el crimen.

Hé aquí su última carta que echó al correo, como consta por el sello, algunas horas antes de cometer los asesinatos en el campo de Pantin:

«Paris 20 de setiembre. — Queridos padres: He buscado vuestra carta y veo que he perdido la esperanza de conseguir mi objeto; pero os equivocais, porque soy muy testarudo para perder tan pronto la esperanza. Mis negocios van bien, solo que se prolongan un poco, lo que me fastidia tanto como á vosotros; pero no siempre se puede obrar tan aprisa como se desea; las gentes quieren examinar los negocios bajo todas sus fases antes de exponerse á perder dinero, y esto no es cosa de poca monta. Me escribís que vuelva: yo volveré, pero no quiero abandonar mis negocios cuando están casi terminados. No tenia ya dinero y he pedido hoy. He pedido 300 francos, de los que os envío 100, porque debéis necesitarlos. Los envío á nombre de Francisca (la madre). — Os abraza vuestro hijo, J. B. TROPPMANN.»

Tal es el hombre, que efectivamente se pinta bien en esas breves líneas. «Sus negocios van bien,» escribe antes de salir á consumir su espantoso crimen.

No extrañemos pues, que su conducta en la cárcel sea, como sabemos, la de un hombre que no se altera por nada; que persiste en su sistema infernal de atribuir el papel de asesinos á dos de sus víctimas, Juan y Gustavo Kinck; que cuando se ve acosado de cerca, cuando las pruebas desmienten sus palabras, se encierra en un silencio obstinado.

Pero es tiempo ya de apartar la vista de estos horribles cuadros; dejemos ya estas escenas de sangre y veamos si la crónica de Paris no ofrece nada que pueda distraer nuestra atención de tales monstruosidades.

Todavía estamos muy lejos del tiempo en que podremos anunciar que los parisienses han vuelto á Paris, máxime cuando este mes de octubre nos favorece con una temperatura excepcional, con un claro y radiante sol que habríamos deseado muchos días del pasado estío.

Únicamente la gente que salió á tomar baños y á pasar la temporada en Baden, principia á regresar á Paris, donde puede proporcionarse unas semanas de descanso, mientras se inauguran las fiestas del invierno.

No faltan entretenimientos en Paris en todas las épocas del año. Por ejemplo, en otoño hay las ventas del hotel

Drouot, que ofrecen á los recién llegados toda clase de objetos reservados durante el calor, porque en la ausencia de las clases acomodadas todas esas almonedas de artículos de lujo darían pobres resultados.

Para uno de estos días se anuncia una venta muy singular; una colección de cerca de 300 sortijas pertenecientes á una de las damas del «medio mundo» que mas llaman la atención en el bosque con la suntuosidad de sus caballos y carruajes.

La cantidad es crecida y no se comprende cómo una mujer tiene tantos anillos ella sola.

Sin embargo, se explica fácilmente.

Hay joyeros en Paris que hacen magníficos negocios con los hijos de familia.

Venden al fiado cuanto les piden, por supuesto á precios crecidos; porque se echan la cuenta del usurero, que si no paga el joven pagarán los padres.

Y muy rara vez se llevan chasco.

Así se comprende cómo ciertas damas de Paris reúnen esas colecciones de sortijas.

Nuestros lectores creerán quizás que las tales joyas, aunque no sea mas que por su procedencia, se venderán casi de balde.

Nada de eso: muy al contrario, se pagan quizás mas de su verdadero valor, porque esa clase de almonedas tienen en Paris el singular privilegio de llamar muy particularmente la atención de las señoras.

Es preciso verlo para creerlo; pero lo cierto es que no se anuncia ninguna sin que haya rivalidades, y á veces muy reñidas en la subasta. Están en moda ciertas imitaciones en el vestir, lo mismo que en las alhajas, y con esto se ha dicho todo.

Otra colección que por distinto estilo no dejaria tampoco de excitar el interés, al menos en ciertos círculos, si se pusiera en venta, seria la de los famosos documentos con que un solemne caballero de industria ha tenido distraida á la Academia de ciencias durante algunos meses.

Sabida es ya la historia. Tratábase de adjudicar á Pascal la gloria de Newton, y un académico, M. Chasles, habia tomado por títulos auténticos las falsificaciones que le habia ido entregando poco á poco para que durase la especulación lo mas posible, el insigne autor de tan estupenda mistificación que ha hecho reír á toda Europa.

¿Con qué ardor M. Chasles combatia las dudas que se permitian sus compañeros de la Academia acerca de los papeles que les presentaba!

Y entre tanto el falsificador se daba una vida de ricacho. Tomaba una elegante habitación, la adornaba con lujo, frecuentaba los teatros de ópera y se paseaba en el bosque, como un personaje importante. No hay memoria de una osadía de esta especie.

Cuando contamos á nuestros lectores las principales particularidades de tan extraño incidente, dijimos en conclusión que M. Chasles no se daba todavía por vencido; no podia creer que todos, absolutamente todos los documentos fuesen falsos; pero la Academia de ciencias no quiso tolerar mas tiempo semejante burla, y en una de sus últimas sesiones ha puesto fin como correspondia á una discusión verdaderamente penosa.

M. Dumas leyó una nota, de la cual resulta que hacia tiempo ya que casi todos los miembros de la ilustre corporación estaban convencidos de que M. Chasles era víctima de un fraude; pero que por deferencia á su honorable colega, que no queria descubrir el origen de los documentos, permitió que se prolongara en su seno un debate que soportaba con tanto dolor como impaciencia.

Por fin, se ha decidido unánimemente á desvanecer las injustas acusaciones formuladas contra la gloria de Newton.

«M. Chasles, añade la nota, acabó por decir la verdad, y al manifestar «que faltaba aclarar un misterio,» se referia á lo extraño que era el ver treinta mil piezas fabricadas por un solo falsario ó por una asociación de falsarios representada por un hombre desprovisto de toda instrucción, como lo es el que le ha vendido los manuscritos.»

» Poesías, comedias, correspondencias íntimas, centenas de sonetos italianos del Petrarca, traducidos en francés, teorías filosóficas y científicas; teoremas geométricos; en una palabra, piezas todas ellas que implicaban conocimientos variados y sumamente profundos: ¿cómo explicarse la reunión en manos de un hombre de tantos documentos tan difíciles de componer? Sobre este punto versaban las últimas dudas de M. Chasles.

» Ahora bien, como la Academia queria que M. Chasles formulase una opinión categórica sobre el valor que aun podia atribuir á tales documentos, el sabio geómetra ha confesado que no tiene ya ninguna razon plausible para creer en la autenticidad de sus manuscritos.»

Hé aquí el primer acto de esta intriga extraordinaria; en cuanto al desenlace, le esperamos en el resultado de la información judicial, que quizás nos revele la existencia de cómplices mas entendidos que el caballero de industria que ha dado la cara.

Nada importante en los teatros parisienses.

La empresa del teatro Lírico fundaba grandes esperanzas en la nueva ópera el *Ultimo dia de Pompeya*, y no se han realizado. La música es algo parecida á lo que hace Wagner: estrépito continuo y ausencia completa de melodía.

¿Hará escuela este género de música? Mucho lo tememos en vista de la indigencia de compositores que merezcan este nombre, pues seguramente esas combinaciones armónicas que suplen la inspiración están al alcance de cualquiera que haya pasado algun tiempo en un Conservatorio.

Así es que el teatro Lírico se acoge al repertorio de Verdi traducido al francés, con lo cual se acaba de popularizar en París el único maestro que tiene hoy la Italia.

En la Opera Cómica se ha estrenado también otra producción titulada la *Petite Fadette*, que sin haber hecho el fiasco de la primera, tampoco se ha recibido con gran aceptación. Sin embargo, diremos en descargo de su autor, M. Sémét, que no pertenece al sistema Wagner. El argumento es un idilio de Jorge Sand, y la música no carece de colorido campestre: hay alguna romanza, algunos duos y un par de coros que se aplauden con toda justicia.

Se espera próximamente en el Teatro Francés la primera representación de una nueva obra de M. Emilio Augier, sobre la cual circulan buenas noticias. Augier, Alejandro Dumas y Sardou son los tres autores que, por distintos conceptos, tienen el privilegio de poner en conmoción al mundo literario cada vez que dan a luz alguna de sus producciones; confiamos en que esta vez también merecerá esta novedad teatral los sufragios del público, incansable admirador de un autor dramático que ha dado tantas y tan brillantes pruebas de su feliz ingenio.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

EL DESIERTO DE ATACAMA.

¡Allí no hay sombra en el día
Cuando un sol de rayo ardiente
Lanza su luz refulgente
Sobre tanta soledad!
Inmensos mares de arena
Que abarcan los horizontes
Hay solo, y ásperos montes
De arena, piedra y metal.

¡No silban allí las brisas
Ni murmura blando el viento,
Agitándose violento
Solo ruge el aguilon!
Parece el eco sañudo
Del espíritu que vela,
Como adusto centinela
Sobre esta triste región.

¡Solo ese eco del desierto
Turba la profunda calma,
Eco triste que hace al alma
Sentir un vago pavor!
¡Qué fatídico parece
Su prolongado bramido
Cuando en las peñas herido
Se va a romper con furor!

¡Pero todo es grande en esa
Naturaleza salvaje!...
¡Nos arranca un homenaje
De profunda admiración!
¡Rocas que en perfiles ásperos
Hasta el cielo se levantan,
Inmensas simas que espantan,
Que oprimen el corazón!

Allá precipicios hondos
Que eterna noche sepulta,
Donde el insecto se oculta
Que jamás la luz gozó;
Acá un peñón que parece
Desplomarse, carcomido
Por el tiempo, ennegrecido
Por la lluvia y por el sol.

¡Moles inmensas y adustos
Montes que no tienen nombre,
Donde nunca llegó el hombre
A poner su planta audaz;
Un cielo siempre encendido,
Siempre un sol resplandeciente
Que torna en piélago ardiente
El anchuroso arenal!

¡Todo en el desierto es grande!
¡Todo eleva en él el alma!
¡Es sublime si está en calma,
Sublime si en tempestad!

¡Su perspectiva es sin límites,
Sus horizontes grandiosos;
Son sus Andes majestuosos,
Solemne su soledad!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

1862.

INTIMIDADES.

Á UNA MORENA.

Te ví en la floresta umbría,
Al fulgor de la mañana,
Y de ilusiones cadenas,
Forjó a mi razón tu gracia.

Cruzó el mar de mis sentidos,
El bajel de tu mirada,
Y anclas arrojó de amores
En el puerto de mi alma.

Besó tu dulce sonrisa
La frente de mi esperanza,
Y diosa en mi corazón
Te veneré con fe santa.

¡Cómo quieres que te olvide,
Siendo mi razón tu esclava,
Mi fiel corazón tu templo
Y tu refugio mi alma?

LEOPOLDO GARCIA RAMON.

Setiembre, 68.

ADIOS.

Nuestra ventura
Pasó, pasó, dejando en la memoria
Solo tristes recuerdos y amargura.

MELENDEZ.

¡Adios, adios! ¡Se cierra nuestra historia!
Hoy la postrera página escribimos,
Y con ella olvidamos para siempre
Quejas de amor, protestas y suspiros.

¡Qué vale recordarlo? Yo te juro
Que esos días de amor daré al olvido,
Y apagaré en la tumba de mis sueños
Del corazón los últimos latidos.

Como te amé, te olvidaré: ¡no importa
Que sufra el corazón! ¡Destino impío
Sigue a esta vista triste que yo arrastro,
Sediento y fatigado peregrino!

En medio del desierto de mi vida
Creí hallar una flor: fuerte y altivo
Alcé mi frente entonces, y ¡dichoso!
Con voz de triunfo me llamé a mí mismo.

¡Ay! la flor presto marchitó sus galas,
Rugió la tempestad, rayo sombrío
El cielo hirió de la esperanza mía,
Y me sentí postrado y abatido.

Tú fuiste mi ilusión, tú mi esperanza;
Tú mi verdugo en mi infeliz destino:
Primero ángel de paz, después de llanto;
Luz de mi vida ayer y hoy mi martirio.

¡Cuánto te amé en mi juvenil locura!
¡Con cuán sincero amor! ¡En mi delirio
Te llevé como ofrenda a tus altares
Generosa pasión, tierno cariño!

¡Te acuerdas de esas horas de ventura,
De esas quejas de amor, de esos suspiros?
¡Te acuerdas?... Basta ya: todo debemos
Sepultar en la tumba del olvido.

¡No quede ni un recuerdo en nuestras almas
De esos bellos, dulcísimos delirios;
Ni una queja fugaz en nuestros labios,
Y en nuestros corazones ni un gemido!

¡Adios! De lo pasado nada existe:
¡Si fui tu amante ayer, hoy soy tu amigo!
¡Adios, bellos instantes de ventura:
Quejas, protestas, lágrimas, suspiros!

M.

El beton aglomerado.

(SISTEMA COIGNET.)

Sabido es que la ciudad de París desprovista de una cantidad suficiente de agua potable, ha hecho enormes sacrificios para traer de largas distancias las aguas del Dhuys y del Vanne.

Ya en la actualidad hay muchas casas en París que tienen agua del Dhuys; pero las obras del Vanne no están concluidas todavía.

La distancia de París a las fuentes del Vanne es más de 150 kilómetros, y como las aguas deben atravesar una porción de valles, colinas, ríos y ferro-carriles, se concibe que es preciso hacer distintas obras de arte, como puentes, sifones, acueductos, subterráneos, etc.

Junto al parque de Montsouris habrá un inmenso receptáculo, y se están construyendo unos magníficos arcos por encima de los que forman el acueducto romano de Arcueil.

Pero la parte de estas obras que mayores dificultades presenta, es la travesía del valle de Fontainebleau en un espacio de más de 40 kilómetros entre el río Loing y el de Essones.

En este largo trayecto faltan los materiales de construcción, y para edificar con los medios ordinarios se habría necesitado traer de muy lejos los materiales.

M. Belgrand, ingeniero en jefe de las aguas y alcantarillas de París, ha evitado este gasto adoptando para la obra un nuevo modo de edificar que ha experimentado y aplicado en grande desde hace quince años y que le inspira la mayor confianza.

Este nuevo procedimiento consiste en operar un vaciado de una gran cantidad de arenas de cualquiera clase con cierta cantidad de cal hidráulica, poniendo ó no una mínima cantidad de cemento Portland; — en someter esta mezcla apenas humedecida con algunos centésimos de agua a una trituración enérgica y prolongada ejercida con compresión para obtener un polvo pastoso ó pulverulento; — y en echar por capas delgadas este polvo pastoso en unos moldes aglomerándole vigorosamente con el rápido choque de un pilón, de cuya manera se obtiene un trozo sólido que en menos de ocho días da una piedra bastante dura para que se puedan hacer con ella obras de fábrica.

Este procedimiento se conoce hoy generalmente con el nombre de *Beton aglomerado (sistema Coignet)*.

Su aplicación era tanto más natural cuanto que la selva de Fontainebleau se compone casi únicamente de arena menuda casi impalpable, por manera que la materia principal se hallaba en el mismo suelo.

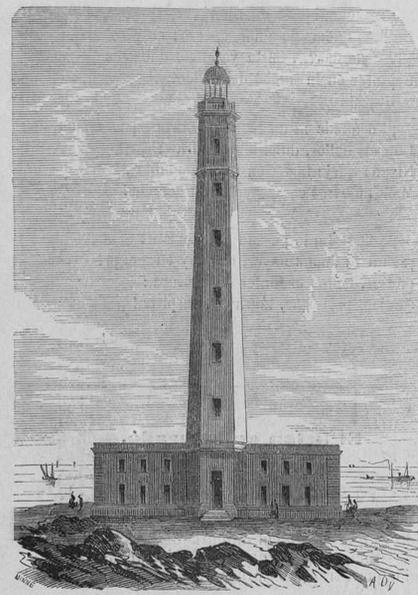
Nosotros hemos visitado las obras, y lo que hemos visto ha sobrepuesto nuestras esperanzas.

Hemos recorrido kilómetros de subterráneos formando una especie de tubo de dos metros de diámetro, cuyas paredes se componen de una capa de beton aglomerado de 22 centímetros de espesor. Y este beton tiene por base la arenilla blanca impalpable de Fontainebleau, mezcla triturada con una mínima proporción de cal y de cemento, y a pesar de la inferior calidad de la arena, se ha obtenido la solidificación más rápida que podía desearse.

Se han tomado grandes precauciones para evitar los hundimientos de las arenas; se han hecho bóvedas y conductos especiales de una fuerza excepcional, y nada es más curioso é interesante que la vista de los obreros trabajando en ese dédalo de aparatos y creando en donde hace falta una fábrica monolita, cuya homogeneidad y aspecto inspiran toda confianza.

Después de los subterráneos visitamos los arcos cuya construcción, á decir verdad, nos dejó pasmados y atónitos. Esos arcos instalados en las depresiones del terreno deben sostener el acueducto al nivel que se desea, y tienen hasta 15 metros de elevación.

Su aspecto en medio de los árboles á cuyas copas llegan, produce el efecto de un inmenso encaje de muchos kilómetros de largo. Cada arco con su estribo está formado con un solo trozo de 30 á 40 metros cúbicos, verdaderos monolitos que sobrepujan y con mucho el cubo de los trozos tan famosos de la fabricación antigua. Como todo ello ha salido del molde, las paredes están lisas como si fueran de piedra sillería. El color y el aspecto son los de la piedra.

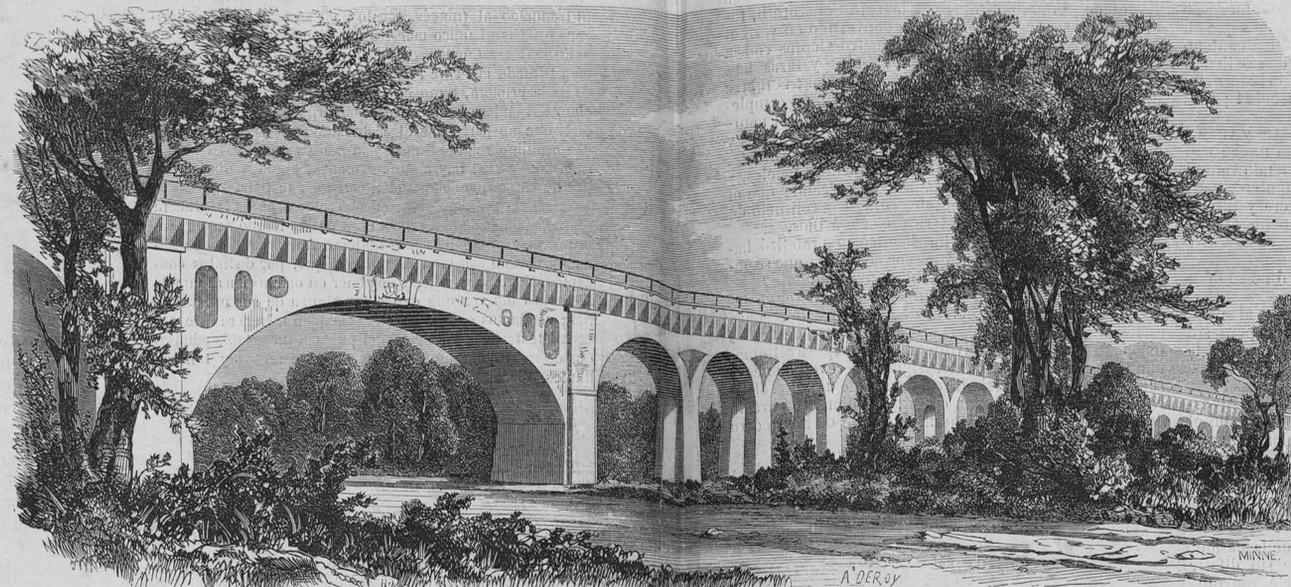


El faro de Puerto-Said.

Nuestro grabado da una idea del espectáculo que vimos. Así pues, sin ladrillo y sin piedra, solo con arena se han podido elevar gigantescas construcciones monolíticas, esto es, que presentan una estabilidad muy superior á la de las mejores fábricas ordinarias. Y ¡cosa muy notable! ni el agua ni las heladas influyen en esta construcción, y así es que los rigores del invierno no interrumpieron las obras un solo día.

Pero puesto que se podían hacer arcos delgados de 12 metros, se podían hacer también mayores, y las tentativas sobre este punto han tenido el más feliz éxito. Viendo los ingenieros que los resultados correspondían á sus previsiones, suprimieron los puentes de hierro batido que habían proyectado para atravesar las carreteras y los ríos, y los reemplazaron con puentes de beton aglomerado de 1/16 de flecha y 30 y 35 metros de abertura, que es lo más que se necesita para puentes de piedra.

Otro resultado no menos importante se ha alcanzado con el empleo del beton aglo-



Beton aglomerado de la casa Coignet. — Obras del Vanne. — El acueducto del Gran Maestre en la selva de Fontainebleau.

merado, y es el restáño absoluto y matemático, digámoslo así; la limpieza de su superficie que ha permitido cubrirlos con una película de un grueso casi imperceptible de cemento de Portland comprimido, el cual hace el papel del barniz ó el baño que se da á la porcelana. Así es que al visitar las obras en cuestión nos hemos encontrado con una verdadera revolución en el arte de edificar.

Este hecho nos ha parecido tan importante, que queriendo conocer los antecedentes de la trasformación, hemos sabido que las primeras obras de beton aglomerado hechas en París, son del año 1835. Con efecto, en esta época se hicieron fábricas, receptáculos, pavimentos, etc., y aunque entonces no había las máquinas de hoy, todas esas obras se conservan perfectamente.

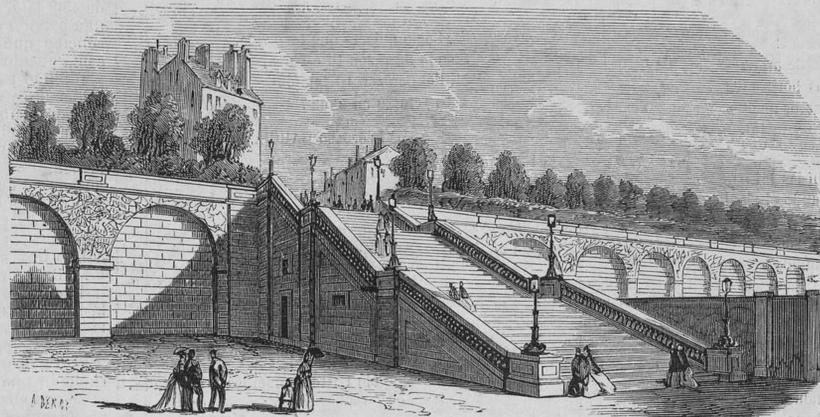
También supimos que por ese mismo procedimiento se construyó una inmensa fábrica hace diez años; que la iglesia del Vesinet (cerca de París) con un campanario de 40 metros es de beton aglomerado; que hay en París más de 50 kilómetros de alcanta-



La iglesia del Vesinet.

rillas hechos por ese sistema; que en el bulevar del Emperador hay una muralla de sostenimiento de 15 metros de altura y 250 de largo, la cual comprende una rampa de escalera monumental que empieza en el muelle de Billy y se eleva hasta Chaillot; que otro muro igual, aparejado como la piedra de sillería, con balastrada, consolas y otros ornatos, se construía por el mismo procedimiento al pié del cementerio de Passy; que en el cuartel municipal de Nuestra Señora, se han hecho bóvedas y suelos por más de 300,000 francos, que las escaleras y las cuevas de la Nueva Opera son también de beton aglomerado; que en todo el servicio de ventilación é hidráulica de la Exposición, así como en otras obras del Campo de Marte, se aprovechó el mismo sistema, gastándose hasta la suma de 500,000 francos.

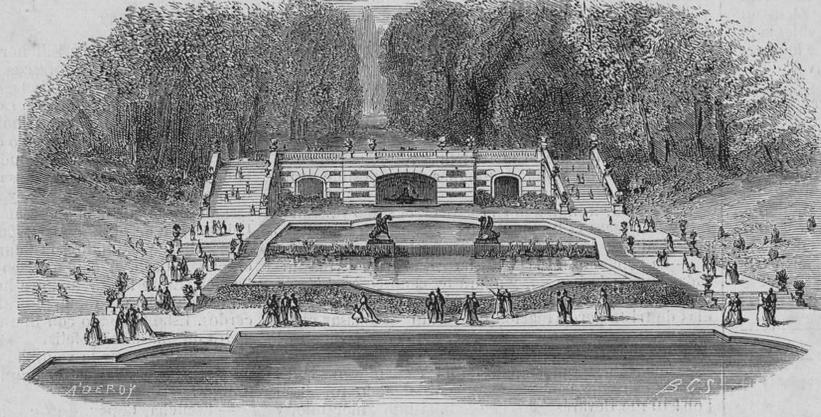
Si alguna cosa hubiera podido aun excitar nuestra sorpresa, habría sido



Paris Chaillot. — La escalinata de la avenida del Emperador.



Casa de beton aglomerado en la calle de Miromenil.



Pilon y receptáculo en Reutilly.

el ver casas de cinco y seis pisos con azoteas, enteramente construidas de beton aglomerado.

Estas casas cuestan mucho menos que las que se construyen con los materiales ordinarios, y tienen sus fachadas adornadas y con un aspecto como el de la piedra.

Los rigores del invierno lo mismo que los calores del verano no tienen acción en esas construcciones, cuya solidez infunde tal confianza, que el Crédito hipotecario presta dinero sobre ellas como sobre las otras.

Con tan poderosos medios de acción, la Sociedad del Beton aglomerado ha hecho un profundo estudio de los medios financieros á cuyo beneficio se puede aplicar en grande su sistema á la construcción de casas baratas, y sobre la materia ha publicado un folleto muy interesante titulado: *Petites sociétés immobilières*.

Pero aun no hemos concluido.



Obras del Vanne. — Acueducto y sifón del valle del Loing, en Moret.

M. Coignet no solo ha aplicado su beton á la construcción de las grandes obras de puentes y calzadas, no solo ha previsto las construcciones monolíticas como muelles, diques, atajos y receptáculos que no teniendo ninguna juntura y siendo insensibles á las heladas, á la acción de las aguas y á la intemperie, presentan una seguridad mayor que la obra de fábrica ordinaria, sino que tambien ha sabido sacar partido de su invento para hacer piedras artificiales.

Con la posibilidad de emplear toda clase de arena y de cal hidráulica, y tambien todo cemento, ha llegado á obtener todos los matices, todas las durezas y hasta el grano de la piedra.

La Sociedad ha organizado pues, una manufactura importante y vende al público losas, gradas de escalera, peristilos con sus balastradas, suelos, etc., en suma, toda clase de piedras tan resistentes como el granito.

Además ha organizado la fabricación de las piedras de adorno que se aplican á los edificios. Nada mas sorprendente que la perfección que se alcanza en el vaciado de las estatuas, los pilones, las fuentes y los ornatos de todo género, cuyo grano, color y resistencia á todas las causas de destrucción, hacen que estos productos sean iguales á la piedra mejor y aun al mármol.

No acabaríamos si quisiéramos enumerar todo lo que se ha hecho con el beton; pero antes de terminar esta noticia, citaremos la última innovación introducida por el inventor y que creemos llamada á un gran porvenir.

M. Coignet ha blindado las piedras de beton para resguardarlas del choque y de los roces, y así ha podido hacer bordes de aceras derechos y curvos, con un éxito tan satisfactorio que los ingenieros de la ciudad de Paris han ordenado un ensayo en grande escala.

Pero otra aplicación mas importante ha recibido el blindaje: M. Coignet ha empleado el beton aglomerado para hacer soleras de ferro-carril, y el rail reunido á esta solera forma el blindaje.

Estas soleras cubiertas con el rail, con el que componen un solo cuerpo, resultan muy baratas, y el inventor espera haber hallado la solución del problema de los ferro-carriles vecinales bien montados y de los ferro-carriles americanos para las travesías al nivel de las ciudades.

Aquí concluiremos nuestro exámen, y creemos que por la importancia del asunto nuestros lectores nos perdonarán el tecnicismo de nuestra descripción. Para excusarnos, bástenos decir que se ha encontrado el arte de hacer piedra sin fin, y que el beton aglomerado será á la arquitectura, lo que ha sido la imprenta al manuscrito y la fotografía á la pintura. En un tiempo en que tanto se edifica, hemos creído de interés general patentizar las ventajas de un nuevo sistema de construcción que abre una grande y notable transformación en la historia de la arquitectura.

P. F.

Tradicion de los rabinos de Jerusalem.

LA PECADORA DE LA CIUDAD.

(Conclusion.)

Y que así, de observación en observación, sintieran desvanecerse el valor que las habia sostenido hasta entonces.

Solo Magdalena, sin mas pensamiento que ver á su adorado Maestro, ardiendo en ansias de besar sus piés y de contemplar aquel divino rostro, que al apagarse al soplo de la muerte, sumergió su alma en sombras de dolor, subia resueltamente la áspera pendiente, sin que la preocupara obstáculo alguno, y sin que temor alguno entibiara su impaciente ardor.

Las sombras que todavia envolvian la tierra, ocultaban á sus ojos los sitios en que sintió tres dias antes desgarrarse su corazón con el espectáculo de los horribles tormentos del Maestro, pero mas de una vez, sin embargo, detuvo su marcha, el recuerdo para siempre indeleble que imprimió en su alma, aquella espantosa jornada de ignominia y de dolor.

¡Arrastrada entre tanto por el ansioso anhelo de abrazar su cadáver, llega á la huerta en que se abre el sepulcro, penetra en la primera entrada, y al tender los ojos á la segunda, creé ver á la indecisa luz del crepúsculo, levantada la losa y vacía la tumba! ¡Absorta y aterrada con tal espectáculo, mira y vuelve á mirar á todos lados, y al salir al huerto sin poderse explicar lo que ocurría, se encuentra con sus compañeras que se hallaban á su vez pasmadas de no verse detenidas por los guardias. Reunidas todas ellas, se asoman á la entrada que precede al sepulcro, y quedan deslumbradas ante el vivo resplandor que arroja un ángel que sentado en el borde de la tumba, las mira dulcemente, y las anuncia la resurrección del Señor, encargándolas que vayan á comunicar la nueva á Pedro y los demás hermanos.

Las mujeres obedecen fielmente su mandato, y al poco tiempo vuelven con Pedro y Juan, quienes despues de haberse cerciorado de que realmente no estaba allí el Maestro, toman la vuelta, acompañados de las mujeres, y sin comprender demasiado el glorioso triunfo de la divinidad de Jesus.

Solo queda Magdalena, la enamorada Magdalena, que no se consuela con la noticia de la resurrección, miste-

rio todavia oscuro para ella; ni con la vision de los ángeles, y que solo suspira y gime por ver el amado de su alma. No ve mas que su falta, no siente mas que su ausencia; y al perder la esperanza de volver á contemplarle, su pecho palpita con violencia, sus ojos se llenan de lágrimas, y murmura con desesperado desconsuelo:

— ¡Me lo han hurtado! ¡Me lo han hurtado! ¡Pues bien; aquí le esperaré hasta morirme!

En la febril impaciencia que la devora, va y vuelve de un lado á otro; sin ver nada y fijarse en nada; y al fin penetra de nuevo en la cueva, no queriendo renunciar á la esperanza de encontrarle en el sepulcro.

Dos ángeles velan en él, uno á la cabecera y otro á los piés; pero Maria preocupada con su dueño, apenas se fija en ellos, hasta que la dicen:

— ¡Mujer! ¿por qué lloras?
— ¡Porque me han llevado á mi Señor ó no sé dónde le han puesto! responde ella sollozando.

En esto, los ángeles se postran con el rostro al suelo, y Magdalena volviéndose para salir, descubre, pero sin conocerle, á un hombre que mirándola fijamente, la pregunta:

— ¡Mujer! ¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?
Magdalena que en la completa abstracción de su espíritu, ni veía nada, ni pensaba en otra cosa que en el objeto de su amor, responde creyendo hablar al hortelano del huerto contigo:

— ¡Señor! ¡Si tú le has llevado, dime dónde lo has puesto; y yo lo cogeré y lo llevaré!

Y diciendo así, rompió en mas copioso y amargo llanto.

La pureza, el ardor y la tenacidad de aquella pasión, conmueven la ternura de Jesus, así es que sin diferir por mas tiempo el consuelo que queria darle, murmura con un acento de indefinible expresión:

— ¡Maria!
El timbre celestial de aquella voz adorada, pronunciando su nombre, despierta á la jóven de su letargo, y despues de fijar con delirante pasión sus grandes y negros ojos en su divino rostro, se postra á sus piés exclamando con un grito de sobrehumana alegría:

— ¡Maestro mio!
Jesus, separándose suavemente, y abriendo su inteligencia á la luz de aquellos sublimes misterios, la dice:

— ¡No me toques! pues ha llegado la hora de que aprendais á amarme en espíritu, como al Padre.

En seguida despues de haber murmurado á su corazón palabras que á labios humanos no es posible explicar, desapareció de sus ojos.

Magdalena, hundiendo su rostro en el suelo y besando mil y mil veces la huella de sus sagrados piés, exclamó con el alma y los ojos radiantes de felicidad:

— La venda de mi espíritu ha caído á tu divina mirada, amado Jesus mio, y ahora te conozco en toda tu grandeza y esplendor. ¡Ay! ya sé que muchos y largos dias de triste peregrinación me restan que pasar en el mundo, antes de reunirme contigo. ¡Pero no importa! ¡Yo los aprovecharé para purificarme mas y mas, y hacerme cada dia mas digna de tí! Y cuando mis lágrimas de penitencia hayan limpiado del todo mi alma, ¡oh! tú me llevarás á tu lado, dulcísimo amor mio, y ya nada me estorbará verte y poseerte, y amarte por toda la eternidad.

VI.

A los treinta y siete años de esto, se hallaba Magdalena vieja por la edad, pero jóven el corazón, tocando el suspirado momento de ir á unirse por siempre con aquel divino Maestro, cuyo recuerdo llenaba todos los pliegues de su alma.

Conocia que la restaban pocos momentos de existencia, y su corazón latía enajenado de placer.

El fuego del amor en que ardia cada vez con mas fuerza, habia rejuvenecido su rostro, y la embriagadora esperanza de satisfacer al cabo el anhelado afán de su vida, habia vuelto á su semblante aquella espléndida belleza que habia sido en otros tiempos la admiración y el escándalo de Israel.

Segun se acercaba la muerte, así crecían sus ansias amorosas, y murmuraba dulcemente:

— ¡Jesus, amado Maestro mio, no tardes! ¡No tardes en llevarme á tu seno!

Jesus, que habia puesto sus delicias en aquel corazón tan puro y apasionado, quiso premiar su ardor antes de sacarla del mundo, y así es, que por su orden, una tropa de ángeles tomándola en sus alas la llevó á dos leguas de allí, á un oratorio, en que el santo Maximino la aguardaba por divina inspiración para administrarle el pan de la Eucaristía.

Magdalena postrándose de rodillas, abrió los brazos para recibirlo; y por un prodigio inefable, al dirigir la jóven sus ojos inflamados de amor á la Sagrada Hostia, vió destacarse de ella la imagen de su bien amado Maestro, lleno de aquella dulzura y de aquel divino hechizo con que apareció en otro tiempo ante sus ojos en las orillas del Genezareth.

— ¡Ven, ven! balbuceó entonces sintiendo extinguirse el alma al fuego celestial que le devoraba, y recibiendo en su corazón y cruzando sus brazos para estrecharle mas y mas sobre él, entregó su espíritu murmurando: ¡Ya siempre tuya, Jesus mio! ¡esposo mio! ¡dulce amor de mi corazón!

Han pasado muchos siglos desde entonces; se han levantado y hundido imperios; la gaya Genezareth, radiante de verdor y belleza, se ha convertido en yermo, y el pueblo deicida corre por los cuatro vientos con la maldición de Dios en su frente. Pueblos y razas han desaparecido con su historia y sus recuerdos; nombres que llenaron el mundo en su tiempo yacen en completo olvido; y en cambio por extraño prodigio, el nombre de la humilde Magdalena atraviesa razas, siglos y mundos, cada dia mas glorioso, cada vez mas brillante.

Solo hay un nombre de mujer debajo de los cielos, y es el de la Madre de Dios, que sea mas grande que el de la ilustre penitente, ejemplo, rufugio y consuelo de toda alma pecadora que quiere volverse á Dios.

¿Pero cómo no, si el divino Maestro lo profetizó hace XVIII siglos al asegurar que por do quiera que se publicara su Evangelio seria celebrado eternamente?

¡Ay! Los desdichados que no alcanzaran á ver en Jesus mas que al hijo de Maria, deberian meditar sobre esta asombrosa predicción, para convencerse de que es mas fácil reconocer su divinidad, que explicar humanamente, despues de tantos siglos de revoluciones y cataclismos, la inverosímil realización de aquel profético anuncio, que proclama con rayos de oro la aureola de gloria que ciñe hoy la humilde frente de la *pecadora de la ciudad*.

JUAN V. DE ARAQUISTAIN.

Conor O'Mara.

TRADICION IRLANDESA.

I.

Cerca de la aldea de Kilfenora, en el condado de Clare, uno de los mas pintorescos de Irlanda, notable por sus ciento veinte hermosos lagos y sus ciento veinte y seis ruinas de monasterios ó castillos, vivia poco tiempo há, y acaso aun vive un honrado labrador llamado Conor O'Mara. Se habia casado con una jóven dispuesta, bien criada y trabajadora, que en pocos años le hizo padre de dos muchachos y dos niñas. Escaseando el trabajo en el condado de Clare, y sabiendo Conor que los jornaleros ganaban buenos salarios en la provincia de Leinster, se despidió de su esposa Nelly, dió un abrazo á sus hijos, y pasando á Kilkenny, se ajustó, entre esta ciudad y Carlow, con un rico labrador llamado Fitz-Patrick. Era este un hombre honrado que beneficiaba un terreno suyo y tenia un rebaño de ovejas, vacas y cerdos. Estaba casado con una mujer hacendosa, y era padre de una familia feliz.

Grangeóse Conor la voluntad del labrador, de su esposa é hijos, y al cabo de algunas semanas Fitz-Patrick le dijo:

— Escucha, Conor, eres un mozo honrado, me gusta tu comportamiento, trabajas con ahinco, y quisiera tenerte algun tiempo en casa. Vaya, ¿quieres ajustarte por un año? Te prometo doce guineas y un vestido nuevo, te mantendré, vivirás en casa, y se te tratará como si fueras de la familia.

Admitió Conor la propuesta, y durante los doce meses del año no descuidó un solo dia los intereses de su amo, ya dirigiendo á los trabajadores ocupados en arrancar patatas, operación que los labradores del condado de Clare entienden perfectamente, ya cavando, arando ó rastrillando, cuidando de las vacas y ovejas, llevando los cerdos y las terneras á las ferias y mercados; no habia en la granja mozo que pudiese compararsele, pues no solo era infatigable en el trabajo, sino que tenia acierto en lo que hacia.

El año pareció muy corto á todos los habitantes de la granja; y Fitz-Patrick, calculando, á fuer de hombre prudente y pródigo, que el perder á Conor seria perder su brazo derecho, determinó conservarlo á toda costa. De consiguiente, cuando llegó el dia de ajustar cuentas:

— Conor, le dijo, estoy tan contento de tu servicio, que no puedo desprenderme de tí; si quieres quedarte otro año, te daré doble salario y te regalaré otro vestido nuevo. Al cabo de este tiempo, si permaneces con nosotros, te hallarás dueño de treinta y seis guineas: entonces podrás retirarte al condado de Clare, comprar un par de vacas y proporcionar á tu familia una decente subsistencia.

La propuesta era halagüeña, y el buen hombre sintió gustoso, diciendo para consigo que Nelly la aprobara si allí estuviera, y que entre tanto ella podría remediarse con el hijo mayor, que tenia ya diez años cuando habia salido para Leinster.

En este segundo año, los negocios mejoraron: la cosecha fué abundante, la lana se vendió bien, en una palabra, la granja prosperó y la alegría reinaba en todas las reuniones al rededor del hogar, porque Conor era divertido y ponía á todos de buen humor con su naturalidad. Los niños le querian porque les contaba cuentos durante las largas veladas de invierno. Conor tenia mucha memoria, y no hay provincia en Irlanda donde los cuentos sean tan entretenidos como en el condado de Clare, y donde sepan contarlos con tanta gracia.

Grande fué la tristeza de los habitantes de la granja cuando vieron acercarse el término del segundo año, y

á decir verdad, Conor se sentía el corazón algo oprimido, al paso que se repetía que su deber le llamaba junto á Nelly y sus hijos. Fitz-Patrick y su mujer trataron pues del asunto, y la víspera de esta partida que á todos tenía afligidos, el colono dijo á Conor que le daría cuarenta y ocho guineas, si quería quedarse con él otro año.

— Hazte cargo, añadió, que al cabo del tercer año podrás llevar ochenta guineas á tu mujer, y que con esta cantidad un honrado labrador puede, no solo comprar algunos cerdos, si que también un pedazo de tierra para ser feliz é independiente.

Algunos remordimientos sintió Conor; pero ¿cómo cabía resistir al atractivo de semejante porvenir para él y los suyos? Acaso en aquel momento sus hijos estaban mendigando algunas patatas á la puerta de una casa de caridad; pero ¡cuán venturosos no serían cuando él volviese con un vestido nuevo y ochenta guineas! Ajustóse pues por otro año con Fitz-Patrick.

Pasó el tiempo rápidamente, y todo siguió prosperando en la granja del amo de Conor; construyó una alquería, compró tierras, aumentó su rebaño, y atribuyendo en parte esta prosperidad al celo de su criado, determinó hacer los mayores esfuerzos para retenerle otro año. Al efecto, le llamó aparte, le repitió sus antiguos argumentos, sin echar en olvido el vestido nuevo, y finalmente, le declaró que al cabo del cuarto año añadiría cien guineas á las ochenta que ya le debía, con lo cual podría volverse á su casa con un fondo de ciento ochenta guineas.

Jamás pobre Irlandés tuvo tantas tentaciones como Conor. Sin embargo, esta vez venció la naturaleza; el deseo de volver á ver á su esposa é hijos fué mas poderoso que el amor al dinero, y Conor tuvo valor para declarar que su resolución era invariable, y que quería volver al condado de Clare.

Fitz-Patrick no se atrevió á contradecirle, y renunció á la idea de detenerle por mas tiempo.

Fácil fué ver, en la mañana del día de marcha, que nadie en la casa había cerrado los ojos aquella noche. Conor advirtió que la activa ama de casa no se había acostado, empleando la noche en amasar y cocer el pan. Almorzaron en silencio, y todos se preparaban tristemente para la despedida, cuando Fitz-Patrick dijo á Conor que le escuchase un momento.

— Conor, hace tres años que me sirves como jamás fuí servido. Durante este tiempo, no me ha faltado un cuarto, y ni una sola vez te he visto turbado por la bebida; así guarda para tí todos los adelantos que has recibido á cuenta de tu salario, lo cual no es mucho cuando recuerdo los cuartos de tu bolsillo que has regalado á mis hijos... ¡Ah! ¡cuán dignos de compasión serán los pobres chicos privados de su buen amigo Conor!... Ya me parece que los oigo llorar.

Y al decir esto, el honrado labrador volvió la cabeza para enjugarse una lágrima; pero luego volviéndose, añadió con una sonrisa aparente:

— Amigo mío, en balde es hablar de esto, pues debes conocernos y conocernos bien; leo en tus ojos que me comprendes como yo te comprendo, porque también los ojos tienen habla. Sí, amigo mío, ¿no es cierto que nos comprendemos? ¡Así que te doy gracias por tus buenos servicios y tu cordial amistad!

En este punto las lágrimas que humedecían los ojos de Conor corrieron abundantemente por sus mejillas, no pudiendo ya contenerlas.

— Vamos, dijo Fitz-Patrick, basta de llanto, hablemos de negocios... ¿Tienes confianza en mí?

— Si tengo confianza en vos; ¡oh! ya lo creo.

— ¿Quieres escuchar dos consejos antes de irte?

— Con mucho gusto, y prometo seguirlos.

— Luego, mi querido Conor, si te induzco á poner en el bolsillo todo el dinero que te debo bajo la forma de *dos buenos consejos*... y si te pruebo que nada habrás perdido cuando estés de vuelta en tu casa... ¿dime, consentirás en aceptarlos en vez del dinero?

Embarazosa era la pregunta, pues las cosas iban tomando otro aspecto. Conor había oído alabar mas de una vez á este y aquel por los consejos que daba; sabia que se pagaban grandes cantidades á un abogado por un solo consejo, bueno ó malo. Asimismo le habían dicho que los reyes y lores-tenientes de Irlanda no podían dar un paso sin tener en su corte *consejeros*, no solo pensionados, sino también condecorados con fajas, cruces, cintas, etc. Es el caso que estimaba á Fitz-Patrick, cuando menos, al par de estos amigos de dar consejos oficiales; tenía una confianza ilimitada en la honradez del labrador; sin embargo, quedó suspenso, y exclamó al cabo de un momento de reflexión:

— ¡En verdad, mi amo, que me dejais atónito!

Y luego, esforzándose en reír, añadió:

— ¡Ah! ya veo lo que es; os queréis chancar y divertirnos á costa mía, pero á fe que eso poco importa; mas vale reír que llorar.

Al decir esto, Conor manifestó en su fisonomía aquella sorpresa característica de un irlandés cuando tiene delante un enigma que su viveza natural no puede interpretar.

Pero el colono no reía, repitió sus argumentos con solemne firmeza, y pronto convenció al pobre Conor que nunca había hablado tan seriamente.

— Te vas al cabo de tres años de servicio, le dijo, y tienes derecho á recibir el dinero que has ganado: ¿podría yo mirarte á la cara, si tratase de guardarlo?

— Pero ¿cómo podré yo sufrir las miradas de mi mujer y de mis hijas, á quienes hallaré medio muertos de hambre, cuando me pregunten qué he hecho del dinero que les había prometido llevar de Leinster?

— Conor, replicó Fitz-Patrick, adivino tu intención, y permíteme que te diga que si aceptas mis consejos, serás pronto tan dichoso con tu familia como yo con la mía. Con estos consejos llegarás mas rico de lo que llegarías si metieras las ochenta guineas en tu bolsa de cuero; pero te aseguro que si te pongo el dinero en la mano, queda roto el hechizo, y que aun cuando te diera los consejos de balde, llegarías á tu casa tan pobre como antes. Toma pues mis consejos como te los propongo, ó si no, te arrepentirás toda tu vida.

Conor titubeaba todavía, haciendo castañetear los dedos, rascando el suelo con el pié y alzando los ojos al techo, como si hubiera aguardado algun buen genio que lo sacara del aprieto, cuando felizmente Fitz-Patrick, que estaba decidido á hacerle aceptar el ajuste propuesto, añadió á todos sus argumentos:

— Conor, amigo mío, ya te lo he dicho, adivino lo que por tí pasa, y me haces poco favor en no creerme sobre mi palabra; pero te quiero mucho para no persuadirte. Te lo repito: peor para tí, si rehusas mis dos consejos; pero si los admites con confianza, y al llegar á casa no te gusta el trueque, vuelve á servirme otro año, y te daré cien guineas á mas de las ochenta que te son debidas.

Ora fuese que las palabras del colono hubiesen embrujado á Conor, ora que obedeciese al instinto de una confianza efectiva, ó que tuviese miedo de la enemistad de Fitz-Patrick, entre confiado y receloso se sometió, y declaró que estaba pronto á aceptar los dos consejos en cambio del dinero que se le debía.

— ¿Quién sabe, se decía para consigo, si es Fitz-Patrick el que me habla, y si no tengo que habérmelas con el diablo en persona, bajo la figura de mi amo, en cuyo caso mas vale que me vaya á todo trance?

Apenas Conor hubo consentido, cuando su amo le tomó de la mano con aire risuño, le mandó volver la cabeza hácia el Oriente y poner la mayor atención.

— Escúchame bien, prosiguió Fitz-Patrick, porque si no sigues puntualmente los consejos que voy á darte, créeme que pagarás muy cara tu desobediencia, al paso que si los observas, serás el mas feliz de tus vecinos. ¿Estás pronto?

— Escucho con ambos oídos, dijo Conor, empezad.

— En primer lugar besa este libro de misa.

Besólo Conor, y el colono prosiguió:

— Cierra los ojos, para no perder una palabra de lo que voy á decirte.

Y Conor los cerró.

— Ahora bien, ¿no es verdad que renuncias á los salarios que se te deben, y que aceptas en cambio los consejos que voy á darte? Siendo así, atiéndeme.

PRIMER CONSEJO: Cuando vuelvas á tu casa, *no te apartes del camino real, evita las revueltas, y nunca atraveses los campos con la mira de atajar camino.* ¿Me has entendido?

— Sí, señor, dijo Conor, y al mismo tiempo añadió para consigo: Si el segundo consejo es como este, bien habré colocado mis ochenta guineas.

SEGUNDO CONSEJO: Si paras en alguna casa que no conozcas, sobre todo de noche, mira al rededor de tí: si ves que *el amo de la casa es viejo, y el ama joven y bonita*, aléjate sin tardanza, no te acuestes ni cierras los ojos en aquella casa. ¿Te acordarás de esto?

— Lo sé de memoria y no lo olvidaré en toda mi vida, respondió Conor, y luego dijo en su interior: Si hallara alguno que me admitiera este ajuste, se lo cedería gustoso con quebranto.

Pero no había que desdecirse, pues como quiera que pensase Conor, había besado el libro de misa, no sobre el dedo pulgar, sino sobre la pasta, y lo mejor que tenía que hacer era mostrarse satisfecho de un contrato que ya no cabía anular. Levantóse, dió gracias á Fitz-Patrick y se dispuso á marchar sin pedir nada mas; pero en aquel momento entró el ama de la casa con sus hijos, y Fitz-Patrick dijo á Conor asíéndole de la mano:

— ¿En qué piensas, amigo mío, ¿pues qué! ¿te imaginas que te dejaremos ir sin provisiones? En todas partes se encuentra agua á falta de leche; pero no siempre se encuentra pan, y es menester llevarlo. Afortunadamente mi mujer ha atendido á esto amasando anoche: aquí tienes dos tortas, una grande, otra pequeña; pon la primera debajo del brazo, y comerás de ella durante el viaje cuando no halles cosa mejor; pero mi mujer y yo deseamos que guardes la pequeña en la faltriquera para ofrecérsela de nuestra parte á la honrada Nelly en prenda de nuestra amistad; que la pruebe y nos diga si en el condado de Clare se amasan tortas de esta pasta. Déjame metértela en la faltriquera... ya está... ¿Cómo, no tienes botón? Norry, trae una aguja enhebrada y cósele esta faltriquera; podría muy bien suceder que Conor la perdiese en el camino.

Cosida la faltriquera, se hizo la despedida en regla: todos abrazaron á Conor: el pobre hombre tenía tan buen corazón que, enternecido de sus caricias, emprendió su camino mas contento de sus huéspedes de lo que hubiera creído estarlo un cuarto de hora antes.

II.

No hablaremos de las ideas que le ocurrieron á Conor durante el primer día de su viaje, ya acusándose de ser un necio, ya atreviéndose á dudar de la buena fe de su amo; luego echándose en cara sus malos pensamientos, buscaba un sentido cabalístico á aquellos dos consejos que le costaban ochenta guineas. El primer día hizo noche en las fronteras del condado de Kilkenny, en la cabaña de un pastor que conocía, de cuya cena

participó, y con quien fumó una pipa. Aunque se guardó muy bien de hablar de lo que creía ser un chasco, le pareció, tal es la dulce influencia de una conversación entre antiguos amigos, que su pesar se desvanecía por el aire con el vapor del tabaco.

Al día siguiente prosiguió su camino, y como iba á paso largo, pronto alcanzó á dos buhoneros que iban á Tipperary cargados con sus balones. Caminaron juntos; los alegres dichos de estos nuevos compañeros acabaron de distraer á Conor; pero cuando le alabaron las riquezas de su tienda portátil, metió indeliberadamente la mano en el bolsillo, y su corazón se afligió de hallarlo tan mal provisto; sin embargo, gastó un chelín en un par de tijeras que destinaba para su mujer.

Habiendo llegado nuestros tres viajeros á una revuelta del camino que conduce á la ciudad de Thurle, uno de los buhoneros tomó la palabra y dijo:

— Este es el poste de que nos hablaron anoche en la posada donde paramos, y esta debe ser la senda que nos atajará tres millas.

— En efecto, dijo el segundo buhonero, esa debe de ser, sigámosla.

Conor era tan amigo como el primero de economizar tiempo y zapatos, y viendo que los buhoneros salvaban una zanja, iba á hacer otro tanto, cuando le vinieron á la mente los consejos del labrador, y se detuvo repitiendo para sí:

— Cuando vuelvas á tu casa, sigue siempre el camino real, evita las revueltas, y nunca atraveses los campos con la mira de atajar camino.

Muy caro había pagado el consejo para no seguirlo. Excusóse pues Conor de no acompañar á los dos buhoneros, y siguió la carretera.

No le sucedió nada notable hasta los alrededores de la ciudad, donde advirtió sentados en un banco á sus compañeros de viaje, que medio desnudos se lamentaban con visos de desesperación.

— ¿Qué os ha sucedido, buenas gentes? les preguntó Conor.

Mas estaban tan turbados que no supieron al pronto qué responderle; pero al fin volvieron en sí, y le refirieron que habiendo seguido aquella senda, habían llegado á un bosque donde los aguardaban seis hombres armados con palos y enmascarados: estos les habían quitado los balones, una parte de sus vestidos, el dinero que llevaban, y los habían maltratado. Creían haber conocido entre ellos á los dos hombres que les habían indicado tan caritativamente el atajo. Consolólos Conor lo mejor que pudo, y se dió el parabién de haberse acordado del primer consejo de Fitz-Patrick. Gracias á él, si no era mas rico que los pobres buhoneros, á lo menos no había sido maltratado como ellos.

No pudiendo darles ningun socorro, dejolos Conor y prosiguió su camino hasta que halló una fuente cristalina; hizo alto, se sentó sobre la yerba, comió de la torta grande, descansó, se lavó el rostro, piés y manos, dió gracias á Dios de haberle librado de los primeros peligros del viaje, y volvió á emprender su jornada hasta la noche.

El sol estaba en su ocaso cuando alcanzó la frontera del condado de Limerick. Bien hubiera querido pasar el puente de O'Brien, porque un poco mas adelante tenía también un conocido que le hubiera alojado gustoso; pero ya era de noche, y se sentía las piernas tan pesadas, que se creyó dichoso al divisar una luz á una ventana de una granja donde determinó pedir hospedaje hasta el día siguiente. Llamó pues á la puerta, entró con el saludo acostumbrado: «Dios os bendiga á todos,» y fué bien recibido por una muchacha que le convidó á entrar en la cocina; porque aun existe en la vieja Irlanda un residuo de la hospitalidad de los tiempos antiguos. Sentóse Conor sin ceremonia junto al hogar donde ardía un buen fuego, vió que no estaba solo, y habiendo encendido la pipa, entabló conversación y no rehusó su parte de una gran fuente de patatas que le ofreció la criada. Todo indicaba una casa acomodada: enormes jamones colgaban de la chimenea donde acababan de colorearse: sobre los alzaderos brillaba un hermoso servicio de estaño; por los vidrios de dos grandes armarios veíanse también fuentes de loza y aun de plata; el mugido de las vacas, el balar de los corceles y el gruñir de otra clase de cuadrúpedos, no menos familiares á su oído, recordaron á nuestro viandante la granja donde había trabajado durante tres años con tanto ahinco. Fijáronse despues sus miradas en los habitantes de la casa; notó sobre todo una mujer joven, hermosa y presumidamente ataviada que iba y venia, al parecer muy ocupada; de vez en cuando se paraba delante del reló, como impaciente de la lentitud con que la aguja daba vuelta al cuadrante. Dos hombres de aspecto honrado que estaban junto á él le parecieron dos colonos que iban á alguna feria del país; por su conversación vino en conocimiento de que había adivinado: forasteros como él, hacia poco que habían llegado á la granja, y no conocían al amo de casa sino de nombre. Este no estaba allí, pero le aguardaban. En efecto, pronto entró un anciano de cabello cano, que saludó cortésmente, y cuyo aspecto venerable llamó la atención de Conor. La mujer se acercó al recién llegado con mucha afabilidad; Conor se imaginó que era su padre; pero era su marido, como se lo dijo la criada. La mujer y el anciano se retiraron juntos, y entonces nuestro viajero se acordó del segundo consejo de Fitz-Patrick: «Si paras en alguna casa que no conozcas, sobre todo de noche, mira al rededor de tí; si ves que el amo de la casa es viejo y el ama joven y bonita, aléjate sin tardanza, no te acuestes ni cierras los ojos en aquella casa.»



El crimen de Pantin. — Excavaciones ordenadas por la autoridad en el campo del crimen.

Estas palabras: *Aléjate sin tardanza... no te acuestes, ni cierras los ojos en aquella casa*, resonaron tristemente en su oído, y le pareció estar viendo á Fitz-Patrick que le gritaba: *¿Me has entendido?* Levantóse, y aprovechando un momento en que todas las miradas se dirigían al hogar, se acercó á la puerta, levantó el pestillo y salió sin despedirse de nadie.

(Se continuará.)

El crimen de Pantin.

Nuestros lectores conocen ya los detalles de este espantoso drama (véase la *Revista de París* del N° anterior), y saben por lo tanto que la justicia, después que se descubrió el cadáver de Gustavo Kinck en el mismo campo donde se había encontrado á toda la familia, dispuso que se hicieran excavaciones para ver si se hallaba también el del padre, que lejos de ser el principal autor, el instigador de ese horrible atentado, como dice el acusado Troppmann, es á no dudarlo, una de sus víctimas. Con el indicado objeto se han dirigido al punto de que se trata tres arados, arrastrados por vigorosos caballos, con los cuales se ha principiado á remover la tierra en todas direcciones en presencia de un gentío tan extraordinario, que ha sido menester enviar allí una fuerte partida de tropa de la fortaleza de Aubervilliers.

La gente reunida en aquel sitio ascendía, sin exageración, á más de 50,000 personas, cuyo número iba creciendo por momentos, de manera que los soldados, reforzados con gendarmes de á caballo de los pueblos inmediatos á Pantin, á duras penas podían contener las oleadas de la multitud, que avanzaban y retrocedían sin cesar. Veíanse allí muchísimos carruajes, en cada uno de los cuales había á lo menos unas veinte personas. Entre tanto, los arados removían la tierra en presencia de la autoridad judicial. Imposible es dar una idea de la profunda atención con que las miradas de la muchedumbre estaban contemplando aquel acto.

A las cinco, solo se había removido la mitad del campo, sin descubrirse cosa alguna.

Es más que probable que Kinck, padre, no fué asesinado en el mismo punto que su hijo mayor y que el resto de su familia. En efecto, Kinck, padre, salió de Roubaix á principios de setiembre, para dirigirse á Guebwiller, en Alsacia, pasando por motivos de economía por Bélgica, de modo que no estuvo en París. Por otra parte, tampoco se le ha visto en Guebwiller, y por lo tanto es casi cierto que habrá sido asesinado entre Roubaix y la indicada localidad.

Sin embargo, también se han practicado excavaciones en distintos puntos de ese camino, sin haberse hallado nada todavía. Tendremos al corriente á nuestros lectores de los incidentes notables que puedan producirse.

H. V.

Embellecimientos de París.

LA CALLE DE LA MONEDA Y EL PUENTE NUEVO.

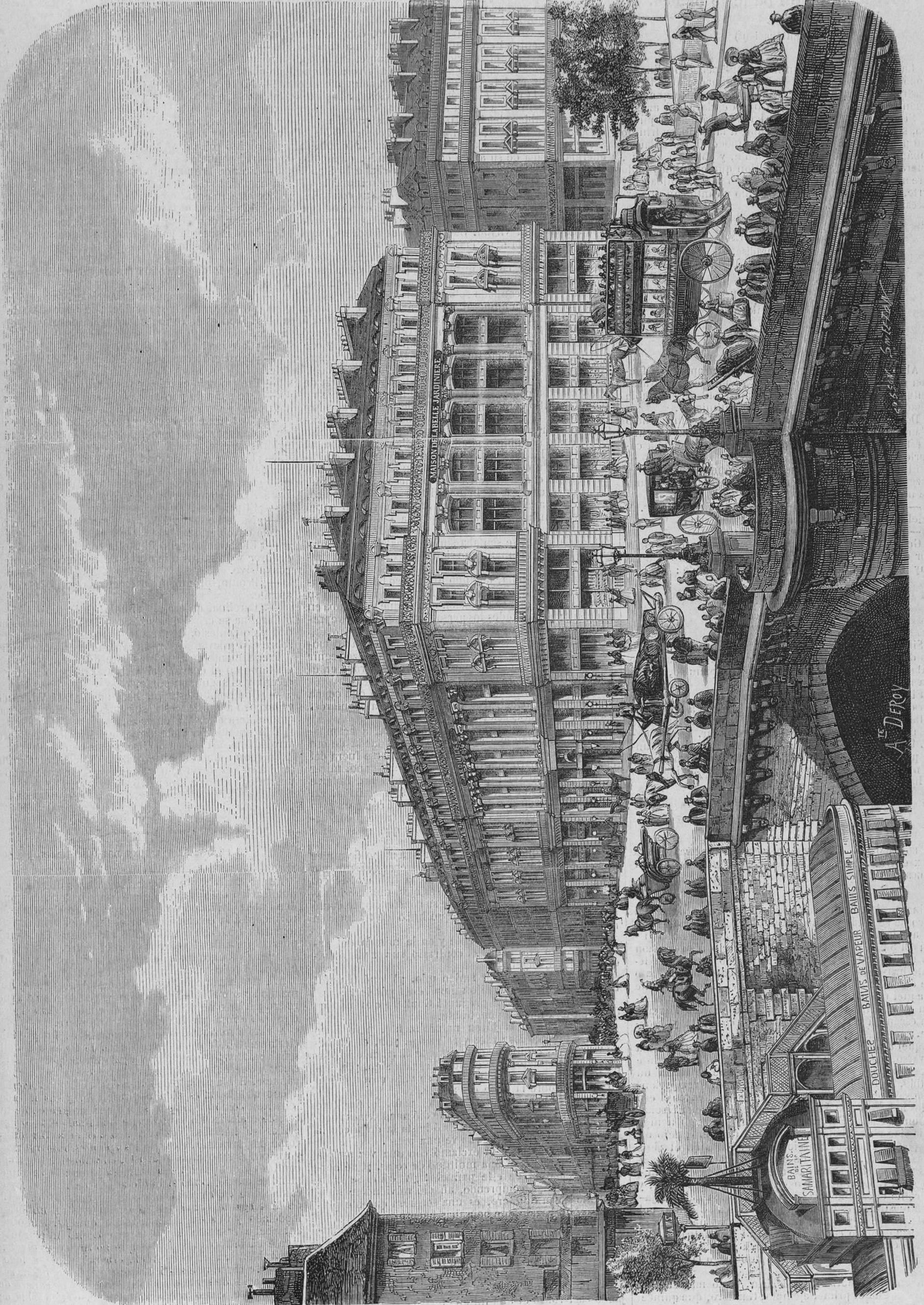
Hace mucho tiempo se ha dicho ya que los que no han visto París en los últimos veinte años no le reconocerían. En pocas partes la metamorfosis es más radical y más completa que en las inmediaciones del Puente Nuevo, en la orilla derecha del Sena. Ya se han acabado aquí aquellas casas pintorescas de los jardines-floristas que formaban el digno complemento del muelle de las Flores en la Cité; y hoy lo que vemos es una sucesión de palacios que conduce del Puente Nuevo al Hotel de Villa. Pero estos palacios son otras tantas colmenas donde se agitan y trabajan el comercio y la industria: los teatros levantados allí no desmentirán nuestro aserto.

La primera de esas grandes é importantes casas que se ofrece á nuestra vista saliendo del puente y volviendo á la derecha en dirección á la plaza de Grève, pertenece al inmenso establecimiento de ropa hecha conocido en todo el mundo con el nombre de la *Bella Jardinera*. Es la casa que representa nuestro grabado.

Esa inmensa construcción recibe el aire y la luz por la calle del Puente Nuevo y por la calle de Bourdonnais; habría sido difícil encontrar una disposición más conveniente. A todas las horas del día hay en la casa una concurrencia inmensa. Por la cifra á que alcanzan los negocios, se puede juzgar de la importancia del trabajo y la de la clientela. Según el último inventario (1868-1869) se han recaudado en la casa 15.293,384 francos.

El establecimiento se halla constituido de modo que todos los colaboradores se interesan en la obra común. El fundador, M. Parissot, legó una suma de 600,000 francos para socorrer á los obreros ancianos; y sus cuatro sobrinos, que son sus sucesores, han creado una caja de socorros mutuos, y han hecho edificios donde los obreros encuentran cuartos baratos. Las sucursales de las provincias disfrutaban de las mismas ventajas que el establecimiento parisiense.

G. B.



Embellissements de Paris. — Entrada de la calle de la Moneda y del Puente Nuevo.

Historia de un pañuelo blanco.

(Continuacion.)

La joven se acercó aun mas al antepecho, inclinando todo el cuerpo fuera del palco, dominada, atraída, arrastrada, fascinada por esa influencia mágica que, momentáneamente al menos, la hacia esclava del artista.

Si era verdad que este, dirigiéndose á todo el público, se habia dirigido en particular á la joven, su triunfo no podia ser mayor. Recibió con modestia los aplausos unánimes que le valió el andante, y ébrio de alegría, fuera de sí, en un raptó de pasion que el público pudo creer fingido, y que aplaudió como la sublimidad del arte, Gualtero se lanzó al proscenio y cantó con una expresion indecible:

Abbellita da un tuo riso
Fia la terra un paradiso,
Fra mortali il piu felice
Per te, ó cara, diverrò.
Se il cor tuo sperar mi lice
Non invidio á regi il trono:
Io beato di tal dono
Quanti beni ha il cielo avró.

Al concluir este alegre ya no fueron aplausos, fueron gritos, fueron rugidos. Todo el público se levantó entusiasmado como un solo hombre. El artista habia estado sublime de expresion y de sentimiento.

Dos ó tres ramos cayeron á sus piés, y un pañuelo blanco saliendo de un palco del proscenio fué á unirse á estos ramos. Gualtero dió un salto casi y se bajó á cogerlo pisando los ramos.

El público pudo ver caer este pañuelo; pero no lo juzgó mas que bajo el punto de vista del entusiasmo de una aficionada.

— ¡Ja, ja, ja! exclamó Paulo riendo á carcajadas. A Adela se le ha caido el pañuelo. ¡Qué tonta!

— ¡Qué imprudente! pensó Alberto.

Gualtero en tanto, acercando á su corazón el pañuelo por un movimiento natural, dijo con un acento que no hay palabras para explicar aquellos versos de:

E tu al fine mia serai:
Non resisto á tal piacer!

Sin embargo, los dijo inútilmente. Aquella á quien los dirigió, la joven del palco de embocadura, luego de haber arrojado ó de haberse caido el pañuelo, se habia hundido en el fondo del palco.

El público aplaudia con frenesí. Alberto se levantó para salir mientras el cantante era llamado á la escena.

De Ródez se creia el único que habia comprendido toda la escena que acababa de tener lugar. Se engañaba. Una mujer habia seguido desde un palco del segundo piso todos los movimientos de los dos personajes, y su mirada inteligente todo lo habia comprendido, todo lo habia adivinado.

III.

EN EL CUAL EL QUE BIEN LO OBSERVE ENCONTRARÁ UNA EXACTA APLICACION DEL REFRAN: EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE.

Una mujer, hemos dicho, habia seguido desde un palco de segundo piso toda aquella escena, viéndolo todo, adivinándolo todo. Aquella mujer, apenas hubo visto á Di Stella coger el pañuelo y llevarlo á su corazón con una imprudencia que el público no reparó, se levantó bruscamente y abandonó el palco en un arrebató que cualquiera hubiera podido notar, si precisamente en aquel momento no hubiese estado fija toda la atencion en el artista que ya por segunda vez era llamado á la escena á recibir la ovacion mas completa y lisonjera.

Aquella mujer era una joven actriz de la compañía de verso, bastante linda para ser llamada tal, bastante agraciada para haberse adquirido lo que se llama un partido, bastante inteligente en el arte para ver prolongarse siempre en las columnas de los periódicos el eco de los aplausos que á su aparicion en la escena resonaban en el teatro. Se llamaba Carolina, y largo tiempo habia sido obsequiada sin fruto por Gualtero; pero un dia, por una de esas reacciones tan súbitas en el alma de las mujeres, por uno de esos sentimientos instantáneos y sin nombre que nacen en el corazón de la mujer con la rapidez del rayo que brota de una nube, y que como el rayo abrasan, un dia Carolina habia dejado de mostrarse esquiva á los amorosos obsequios del artista. Desde aquel dia, nunca jamás hombre alguno habia sido amado con mas pasion ni mas delirio de lo que fué Gualtero por Carolina. Toda la constancia que pusiera al principio en evitarle, puso luego la joven en amarle.

Sin embargo, forzoso es decirlo, tanto mas cuanto que no es este el primer ejemplo; Gualtero, que quince dias antes hubiera dado la vida por una mirada de aque-

lla mujer, recibió entonces con indiferencia el juramento de fidelidad y de amor que sus protestas reiteradas habian acabado por arrancar á los labios y tambien al corazón de la pobre Carolina.

Las mujeres tienen un gran instinto, comprenden admirablemente el corazón humano. Carolina conoció lo que pasaba en el interior de su amante, sabia por otra parte toda la inconstancia, toda la frivolidad que habia en su carácter, y no ignoraba finalmente que Gualtero vivia entre el desorden y los vicios, arrastrando una vida indigna de un artista de talento superior. Esto, que hubiera hecho retroceder á cualquiera mujer de ánimo mas vulgar, la impelió por el contrario á ella á seguir adelante. Carolina fué á buscar la fuerza, la energía misma de su amor en lo profundo, digámoslo asi, de la indiferencia que ya por ella sentia Di Stella. Creyó que le estaba confiada una gran mision, la de rehabilitar á aquel hombre á los ojos de sus compañeros, la de arrancar el alma del artista del cieno en que vivia, la de volver á aquel pobre peregrino extraviado á la senda de la virtud. Decidióse pues á ser su ángel bueno, tomó sobre sus débiles hombros de mujer tan pesada carga, y se arrojó resuelta á la tarea, confiada solo en su amor, con la misma tranquilidad y esperanza con que hubo sin duda de arrojar David al combate con el gigante, confiado solo en su fe.

La pobre joven empezaba acaso á sacar algun fruto de su adhesion y de su constancia, empezaba quizá á vislumbrar la esperanza de un porvenir, cuando llegó la noche de la tercera representacion de *Il Bravo*, y con ella la escena que en nuestro anterior capítulo hemos tratado de contar.

Carolina, al notar que Gualtero al cantar su aria de amor clavaba con pasion los ojos en una mujer que no era ella, sintió como una montaña de hielo pesar sobre su corazón; Carolina, al ver á la dama del palco principal arrojar su pañuelo á los piés del artista, se hizo atrás, como si hubiese pisado una vibora; Carolina, al ver á Di Stella recoger el pañuelo y llevarlo precipitadamente á su corazón, se irguió cuan alta era, como si un violento choque eléctrico la hubiese puesto en pié.

Poco despues, ya la hemos visto salir de su palco, presa de una extraña emocion. Precisamente en aquel momento un hombre abria la puerta del de la dama del pañuelo. Era Alberto que, saludando profundamente á la linda joven, se sentaba sin decir palabra y sin que ella le tendiera la mano que siempre acostumbraba presentar á de Ródez.

En tanto Di Stella, dejando al público fatigado y ronco á fuerza de aplaudirle y vitorearle, se retiraba á su cuarto con no menos agitacion que la que dominaba en aquel momento á todos los personajes llamados á representar un papel importante en esta historia.

En uno de los bastidores encontró Gualtero á un mozo del teatro, y cogiéndole del brazo, le hizo seguir hasta su cuarto, donde despues de haber entrado en él y corrido la cortina, le dijo:

— Corre á informarme quién es la persona que ocupa hoy el palco principal de la embocadura izquierda. Vuela, ya debieras estar de vuelta.

Y le empujó bruscamente hácia la puerta acompañando el empujon con algo como una moneda de oro que deslizó en su mano. El mozo, al hallarse fuera del cuarto, lo primero que hizo fué abrir su mano, mirar la moneda, y al ver relucir su rubia redondez, frotarse los ojos para estar seguro de que no se engañaba. En seguida, animado por este exámen, partió como un rayo á cumplir su comision. Por el corredor tropezó con Carolina que entraba en el vestuario, y que ni siquiera reparó en él.

Gualtero se quedó inmóvil al ver una mano de mujer apartar la cortina de su cuarto y aparecer súbitamente Carolina: en medio de su triunfo la habia olvidado. Aquella mujer presentándose á sus ojos, muda é impasible como la personificación de su conciencia, le causó un sentimiento de repulsion que hubo de traducir su rostro.

Carolina lo leyó en la frente y en la mirada del artista, pero no dijo nada. Al contrario, su voz vibró dulce, tranquila, ingenua.

— Otro nuevo triunfo, amigo mio. ¡Y qué triunfo! En verdad que eres el hijo mimado del público.

— ¿Estás en la sala? preguntó Gualtero clavando en Carolina una mirada penetrante.

— No, contestó la joven naturalmente, pero llevo ahora, y he oido los gritos y palmadas. ¡Oh, es un bello triunfo!... repitió maquinalmente dirigiendo á todas partes sus inquietos ojos como si buscara algo. ¡Un bello triunfo! volvió á decir fijando su vista en un objeto que estaba sobre la mesa del artista.

Su mirada habia tropezado con el pañuelo, Gualtero vió la mirada, y aquella mirada le dió miedo, tantas cosas encerraba. La joven se deslizó hasta la mesa con la astucia de una serpiente que ve una presa.

— ¡Hola! ¿qué es eso? exclamó con una voz melosa en que Di Stella leyó una multitud de cosas. ¡Qué hermoso bordado el de este pañuelo! ¿Y cómo se halla aquí?... ¡Ah! ya comprendo, añadido volviéndose rápidamente hácia Gualtero, es una sorpresa que me preparabas, un regalo que pensabas hacerme...

— Te engañas, Carolina, exclamó Gualtero; ese pañuelo no es mio.

Y adelantó la mano para recobrarlo.

— ¡Ah! ¿no estaba destinado para mí?

— ¿Cómo podia destinártelo si no me pertenece?

— ¿Pues á quién pertenece? preguntó Carolina dejando caer sobre él una mirada terrible.

— ¡A quién, á quién!... ¡Qué te importa!

— ¿Cómo, qué me importa? ¡Hallo un pañuelo bordado, es decir, un dize de mujer en tu cuarto, y no me importa saber á quién pertenece!

— Carolina, devuélveme ese pañuelo.

— ¿Su nombre?

— Carolina, ¿me lo devuelves? gritó Gualtero dando una patada en el suelo con una cólera que procuraba no obstante reprimir.

— No te acerques, exclamó Carolina, viendo que el artista se le aproximaba pálido de ira; no trates de arrancármelo, ó lo bago pedazos.

A esta amenaza, Gualtero se detuvo. Conocia á la joven por muy capaz de cumplir su promesa. Sin embargo, repitió con nueva furia:

— ¡El pañuelo!

— Su nombre primero. ¡Su nombre! ¡quiero saber su nombre!

En este momento corrióse la cortina del cuarto, y asomó la cabeza el mozo.

— Señor, dijo á Gualtero, el palco principal de la embocadura izquierda por el cual me ha encargado usted preguntar, ha sido tomado por la vizcondesa de Auriolos.

Era todo lo que Carolina queria saber. El avisador se retiró.

— ¡Ah! es la vizcondesa de Auriolos, exclamó la joven con un acento inexplicable. ¡La vizcondesa de Auriolos! Bien está. Yo me encargo de devolverle el pañuelo.

— ¡Carolina! gritó Di Stella.

— ¡Caballero! contestó con arrogancia la joven actriz.

— Ese pañuelo es mio, y vas á dármelo.

— Este pañuelo pertenece á la señora vizcondesa de Auriolos, y voy con este paso á devolvérselo yo misma.

— ¡Oh! tú no lo harás, gritó Gualtero en el colmo de la desesperacion poniéndose ante la puerta; tú no saldrás de este cuarto. Primero...

— ¡Fóscari á la escena! gritó en este momento la voz del segundo apunte desde el corredor.

— ¿Lo ha oido Vd., señor Gualtero? dijo la actriz con ironía. La escena reclama á Fóscari.

— ¡El pañuelo!

— ¿No le he dicho á Vd. que me encargaba yo propia de devolverlo?

— ¡El pañuelo! gritó Di Stella con la voz ronca por el furor y presa sus miembros de un estremecimiento convulsivo.

— ¡Pronto, pronto, á la escena! repitió la voz del apunte.

— ¡Carolina, quiero el pañuelo! Quiero...

Carolina se cruzó de brazos con la mayor impasibilidad y no contestó. Gualtero, ciego de cólera, se arrojó sobre ella y levantó sobre su cabeza sus crispados puños.

Precisamente en aquel instante dos hombres se precipitaron en el cuarto del artista. Eran el director de escena y el segundo apunte.

— ¿Qué diablos está Vd. haciendo? ¿Está Vd. sordo? gritaron. La música está suspensa. Dos minutos hace que debiera estar Vd. en escena.

Y le empujaron violentamente hácia los bastidores, arrojándole, así puede decirse, á la escena.

En cuanto hubo Gualtero salido del cuarto, Carolina salió á su vez de él con paso ligero, y atravesando la puerta del vestuario, penetró en el teatro.

IV.

EN EL QUE SE PERFILAN DOS PERSONAJES.

Aun cuando hayan trascurrido algunos dias desde la publicacion del último capítulo, mis lectores no pueden haber olvidado que dejamos al pobre Gualtero arrojándose á la escena á cantar el final del primer acto, mientras que con paso rápido atravesaba Carolina la puerta que unia el vestuario con el teatro.

Dejemos á Carolina que siga su camino, y penetremos en el palco de la vizcondesa de Auriolos.

Allí estaba Alberto, mudo, impasible, solemne, asomando su semblante triste, pálido, por detrás de aquel rostro perfecto de mujer, sobre el cual pasaban ligeras oleadas de rosa que lo bañaban todo entero.

Adela de Auriolos, la linda vizcondesa, no prestaba ciertamente á la continuacion de *Il Bravo* toda aquella señalada atencion que habia fijado en las primeras escenas y que habia terminado con la caida del dichoso pañuelo. Habia variado de sitio; daba, cuando volvemos á encontrarla, la espalda al proscenio, y sus miradas recorrian como atónitas la sala llena de gente, de luces, de melodía. En vano Gualtero al final del acto hizo brillar su hermosa voz con una armonía tan dulce como desgarradora, en vano los aplausos mas nutridos y unánimes saludaron al artista, en vano este interrogó con los ojos el palco de la hermosa joven: la vizcondesa no se movió, como si hubiera sido de mármol, y el cantante se vió condenado á admirar tan solo el perfil de la elegante dama, medio oculta tras de un brazo modelado y una enguantada mano que partiendo del antepecho sostenian aquel rostro vuelto implacablemente hácia todos los puntos que no fuesen el escenario. Hubiérase dicho que Adela era insensible á todo; hubiérase dicho que sus ideas, sin fijarse en nada, rodaban vacías de sentido como ruedan por la cabeza de un demente, como rueda sin detenerse una bola de cristal por la pendiente de una lámina de acero. Esto no hubiera podido creerse, pero es lo cierto que Ade-

la sufría como puede, como sabe sufrir un corazón de mujer.

En cuanto á Alberto se callaba. Era Alberto hombre que comprendía el silencio, es decir, la poesía mas exquisita de las mujeres.

No será por demás aquí una mirada retrospectiva. Algunos párrafos sobre la vizcondesa nos son necesarios para evitar el fastidio de algunos capítulos.

Adela acababa de salir del colegio, y del colegio sus padres la condujeron al pie de un altar. Allí pusieron su mano entre las de un hombre. Este hombre es tu marido, le dijeron. Debes guardarle amor y fidelidad.

Y, bien lo sabe Dios, de todo corazón juró su alma de niña amor y fidelidad á aquel hombre, y de todo corazón se la guardó.

Al día siguiente de su enlace, el vizconde de Auriolles dijo á su mujer:

—Mañana partiremos para mi quinta de ***.

Adela aventuró algunas observaciones. ¡Ay, le era tan triste separarse de sus padres, es decir, de los únicos seres que hasta entonces le habían demostrado un poco de amor en este mundo! El vizconde fué inflexible á los ruegos de su tierna esposa y dió fin á la discusión con ese famoso *yo lo quiero*, que es la espada que corta todos los nudos gordianos de un matrimonio; ese *yo lo quiero* que encierra todo el sistema constitucional de un esposo.

Adela partió para la lejana quinta, y á poco de llegar á ella, las fatigas de la caza hicieron notar al vizconde los primeros síntomas de una enfermedad que hizo bien pronto grandes y terribles progresos, progresos que no tardaron en dejar á Adela viuda, rica y vizcondesa. La joven pues, solo tenía una bien incompleta prueba de lo que era el matrimonio.

Tal era la historia entera de aquella mujer de corazón ingenuo, como la Joconda de Leonardo de Vinci, cándida como una virgen de Murillo, que atravesaba sola y sin apoyo el mar borrascoso de la sociedad, resguardada únicamente por su triple coraza de virtud, de candor y de inocencia.

Alberto había conocido á Adela poco tiempo después de la muerte del vizconde; había sondeado con su profunda é investigadora mirada hasta los rincones mas apartados de su corazón, y se había dicho que era aquella linda joven una tierna planta, un pobre y solitario arbolillo en flor que no tardaría el viento en tronchar, si no hallaba una encima que le apoyara con su tronco y le prestara sombra con sus ramas.

Alberto decidió ser esta encima. Y no por amor hacia ella, no; porque el corazón de Alberto no podía amar desde que muy temprano en su juventud, y en una época triste de su historia, una mujer se había complacido en hacerlo pedazos, sino porque Alberto era uno de esos hombres cuya fría apariencia, cuyo exterior insensible encierran, como una caja que guarda una gran joya, la sublimidad de un héroe ó la resignación de un mártir.

Adela no tardó en conocer esa especie de apoyo indirecto que Alberto le prestaba, y la pobre joven hubo de agradecerse en su interior, pero con la gratitud de una hija para un padre. En efecto; aunque Ródez era un joven, su amor, si acaso podía sentir alguno, debía ser un amor puramente paternal.

Hé ahí cuál era la situación de los dos personajes que se hallaban en el palco del proscenio la noche de la tercera representación de *Il Bravo*.

El telón acababa de caer y el público, esperando el segundo acto, invadía como un torrente los corredores del teatro. Adela se volvió hacia de Ródez y dijo casi sin mirarle:

—Amigo mio, no sé, pero todo ese ruido, todo ese barullo retumba en mi cabeza de una manera extraña. Deseo retirarme. ¿Quiere Vd. hacerme el obsequio de pedir mi coche?

Alberto se levantó y descorriendo la cortina del palco dijo al lacayo que se mantenía en pie é inmóvil frente á la puerta:

—José, el coche de la señora.

El lacayo partió.

Alberto arrojó la manteleta de pieles sobre los hombros de la vizcondesa y la presentó su brazo, en el que apoyó Adela su trémula mano. Habían dado apenas cuatro pasos por el corredor, cuando de pronto una joven, que no dejaba de ser linda, pero cuyo rostro estaba alterado por una agitación cualquiera y alterado de una manera visible, se presentó ante ellos. Era Carolina y llevaba el fatal pañuelo.

Sin duda lo conoció la vizcondesa, pues que su cuerpo adquirió un temblor tal, que Alberto tuvo que hacer un movimiento con su brazo para que de él no se deslizará la mano de Adela.

Carolina se adelantó con descaro.

—Señora, dijo con una mirada y una voz ofensivas, ¿es de Vd. este pañuelo?

La joven no contestó, no hubiera podido contestar. Una cosa como la punta de un puñal penetró en su corazón y heló su sangre. Alberto con la mayor indiferencia, con la mayor serenidad, con la mas cándida apariencia de buena fe, tomó el pañuelo que Carolina presentaba á la vizcondesa y exclamó:

—¡Ah! sí, es el pañuelo que hace un momento se le ha caído á la señora. ¿Venía Vd. á devolvérselo? añadió mirando á Carolina; es mucha amabilidad y no debía usted tomarse esta molestia. La señora hubiera mandado por él á uno de sus criados. Sin embargo, reciba usted mil gracias, señorita.

Y Alberto saludó con la sonrisa en los labios, y pasó de largo, arrastrando casi á Adela, que se dejó llevar

maquinalmente desfallecida y pálida como un espectro.

En cuanto á Carolina se quedó clavada como una estatua.

Al ir á bajar la escalera, se encontraron con Paulo, que se acercó haciendo cortesías.

—¡Hola, Paulo! dijo Alberto, ¿vas hoy á las máscaras?

—Puede, dijo Paulo con aquella fatuidad que él no necesitaba buscar para vestir sus expresiones.

—¡Ahí tiene Vd. al hombre de las buenas fortunas, vizcondesa, dijo Alberto.

Adela intentó sonreír, pero su esfuerzo solo produjo un bosquejo de sonrisa en sus labios. En cambio casi asomó una lágrima en sus ojos. Alberto lo vió; Alberto lo veía todo.

—Es un bribon, continuó de Ródez, que sabe hacerse desear por las hermosas lo mismo en un salón de baile que en un salón de máscaras. ¡Todo se sabe, amigo mio, todo se sabe!

Paulo se inclinó. Estaba en sus glorias. Su frente se elevó risueña y radiante. De buena gana hubiera dado un beso á Alberto.

En esto llegaron al coche. Paulo iba á dar la mano á Adela, pero se apresuró Alberto. La vizcondesa, reuniendo todas las fuerzas de su ánimo, encontró algunas palabras para despedirse y se dejó caer sobre los almohadones del carruaje, que partió como un rayo.

Adela llevó ambas manos á su rostro, que de pálido que estaba poco antes, se acababa de encender como la grana. Permaneció así algunos instantes, pero sus brazos no tardaron en caer desfallecidos.

Un débil grito se escapó de los labios de la joven. Su mano, al reposar en el almohadon, acababa de tropezar con un objeto. Era el pañuelo que allí había dejado Alberto, sin decirle nada, en el acto de darle la mano para subir al coche.

La vizcondesa, que se había un momento incorporado, volvió á dejarse caer en el fondo de su carruaje, exclamando:

—¡Dios mio, Dios mio, cuánto sufro!

El pañuelo, con este movimiento rodó á sus pies.

V.

DE COMO TAMBIEN EN LOS BAILES DE MÁSCARA PASAN ESCENAS DE MELODRAMA.

Dos días habían trascurrido después de las escenas que en los capítulos precedentes hemos referido, dos días en que la joven y linda vizcondesa de Auriolles no había estado visible para Alberto. Este, por su parte no había insistido: demasiado comprendía todo lo que podía pasar en aquel delicado corazón de mujer.

En efecto, Adela sufriera la noche aquella lo que no es dado decir, lo que no es posible expresar. Su imprudencia en lanzar el pañuelo al artista le había valido que una mujer que no sabía quién era, que no quería saberlo tampoco, se le presentara insolentemente con intencion bien decidida sin duda de ir mas allá de unos límites que la prudencia y exquisita delicadeza de Alberto le impidieron traspasar.

Al llegar á su casa, Adela se dejó caer rendida, abrumada sobre un sillal, y ocultando su rostro entre ambas manos, dió rienda suelta á sus lágrimas. La penosa impresión, el choque terrible que su alma había recibido, dió el último golpe á su ficticio valor, que no era otra cosa que la fiebre, y al verse sola, cara á cara consigo misma, al sondear toda la inmensa profundidad del abismo á que le arrastrara su imprudencia, la vizcondesa se puso á temblar como una niña á quien se sorprende en una travesura, y lloró mucho, lloró abundantemente, lloró lágrimas de hiel que se agotaron al fin por su violencia misma. Cuando esa crisis nerviosa terminó, cuando la ciega exaltación que la dominara hubo hecho lugar á un estado de mayor calma y lucidez, entonces Adela entró en un interrogatorio consigo misma, y, forzoso es decirlo, se sintió morir de confusión y de vergüenza. ¿Qué había hecho y qué se iba á pensar de ella? ¿Quién sería bastante á calmar su inquietud, á sostenerla con sus consejos, quién la protegería contra sí misma, quién detendría su razon pronta á extraviarse?... En la pendiente rápida y resbaladiza á que la arrojaba una tan funesta como invencible pasión, tenía necesidad de apoyarse en alguno para no caer, y este apoyo solo podía prestárselo de Ródez, cuya ternura enteramente paternal debía inspirarle la mayor y mas sincera confianza.

Sin embargo, cosa que sucede frecuentemente en las organizaciones débiles y delicadas, sin embargo, la vizcondesa sintió encenderse de rubor su frente al solo pensamiento de tener que confesar á un hombre lo que demasiado había ya este hombre adivinado, temió aquella mirada de águila escudriñadora y profunda que Alberto dejaba caer como la fría hoja de un puñal, temió tener que avergonzarse delante de uno que no era ni su pariente siquiera, y por lo mismo se armó de resignación y se decidió á luchar sola.

¡Luchar! ¡Ay! las mujeres no comprenden á todo lo que puede arrastrar una lucha cuando en ella toma parte el corazón.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! había dicho Adela dando fin con estas palabras á su meditación.

Al siguiente día, Alberto se había presentado en casa de la vizcondesa pocos momentos antes de efectuarlo también Gualtero Di Stella. A entrambos les dijera el criado que su señora no quería recibir á nadie.

Alberto se encogió de hombros y volvió al otro día. Tampoco estaba visible la vizcondesa. Entonces de Ródez con esa imperturbabilidad que jamás le abandonaba, encendió un puro y se fué tranquilamente á vagar, como decían sus amigos, á pasear por alguna parte su fastidio, como decía él.

Aquella noche había baile de máscaras:

—¡Pardiez! ¿por qué no he de ir á las máscaras? se dijo Alberto cansado de estar en el café y de saborear habanos.

Y fué.

El salón estaba ya casi lleno cuando entró. La confusión era indecible, el bullicio aturdidor. Por todas partes se veían figuras extrañas, trajes grotescos, disfraces de varios colores formando un conjunto que á nada humano se parecía. Allí había grandes señoras, bellezas deslumbradoras por su atractivo, jóvenes dandys cubiertos con los trajes de polichinelas, arlequines, marineros... todos revueltos en pasmosa igualdad, todos codeándose, todos chillando desafortadamente. Y luego rompía la música, y entonces era de ver cómo aquellas extrañas figuras se hablaban, se llamaban, se cogían, y riendo á carcajadas se agitaban cruzando el salón con increíble velocidad, danzando como frenéticos, gesticulando como locos, chillando como desesperados, lanzándose por entre la confusión al impulso de una música atronadora cual una legión de condenados perseguidos por el látigo flamígero de los demonios.

En un ángulo del salón, dos máscaras, sin que al parecer hicieran caso del ruido y de la algazara, departían entre sí con un calor que hacia comprender no estar ajena de interés su conversión.

Si mis lectoras gustan, nos acercaremos de puntillas y aplicaremos el oído. Precisamente en el momento que escogemos, la mujer, porque eran hombre y mujer, la mujer era la que estaba hablando.

—Eres un infame, Gualtero, decía una voz dulce pero irritada por la cólera; ¿eres un infame! Te lo digo yo, la que tú llamabas un día tu Carolina, la que por tí lo ha sacrificado todo... ¿eres un infame!

—Carolina, repara que estás en un baile, que pueden oírnos...

—¡Y qué me importa á mí que nos oigan! ¿Por ventura crees tú que yo no lo sé todo? ¿Te imaginas acaso que ignoro cómo se ha formado, cómo ha crecido tu amor hacia esa mujer?... ¡Oh! no, todo lo sé, todo lo he sabido... ¿Quieres que te lo cuente? Pues oye...

—¡Carolina!

—No, quiero contártelo, quiero que veas cómo no me es desconocido ni el menor detalle de esa historia... Porque es toda una historia, una historia romanesca pasada en presencia del público entre un artista y una gran señora, oye; es muy linda por otra parte.

Gualtero se encogió de hombros; Carolina, cuyos ojos chispeaban por entre la careta al impulso de una de esas tan terribles cóleras femeniles, empezó así:

—Una noche, el artista notó desde la escena que una dama, una hermosa dama que ocupaba un palco de proscenio, le miraba con singular atención. El artista la pagó con igual moneda. Esto duró tres noches; en su corazón y en el corazón de la dama bastaron estas tres noches para formar un misterioso lazo de amor. ¡Oh, el amor acostumbra á ir siempre muy de prisa! Tú debes saberlo y yo también... ¡Ay! sí, yo también lo sé. A la cuarta noche, el artista cantó tan bien, con tal expresión de ternura dirigiéndose á ella, que ella, subyugada, perdida, loca, en un momento de arrebato y de imprudencia, le arrojó un pañuelo bordado, muy curioso por otra parte, que una querida del artista, una mujer cualquiera, se encargó de devolverle y... y que se lo devolvió.

—¡Carolina, por Dios!

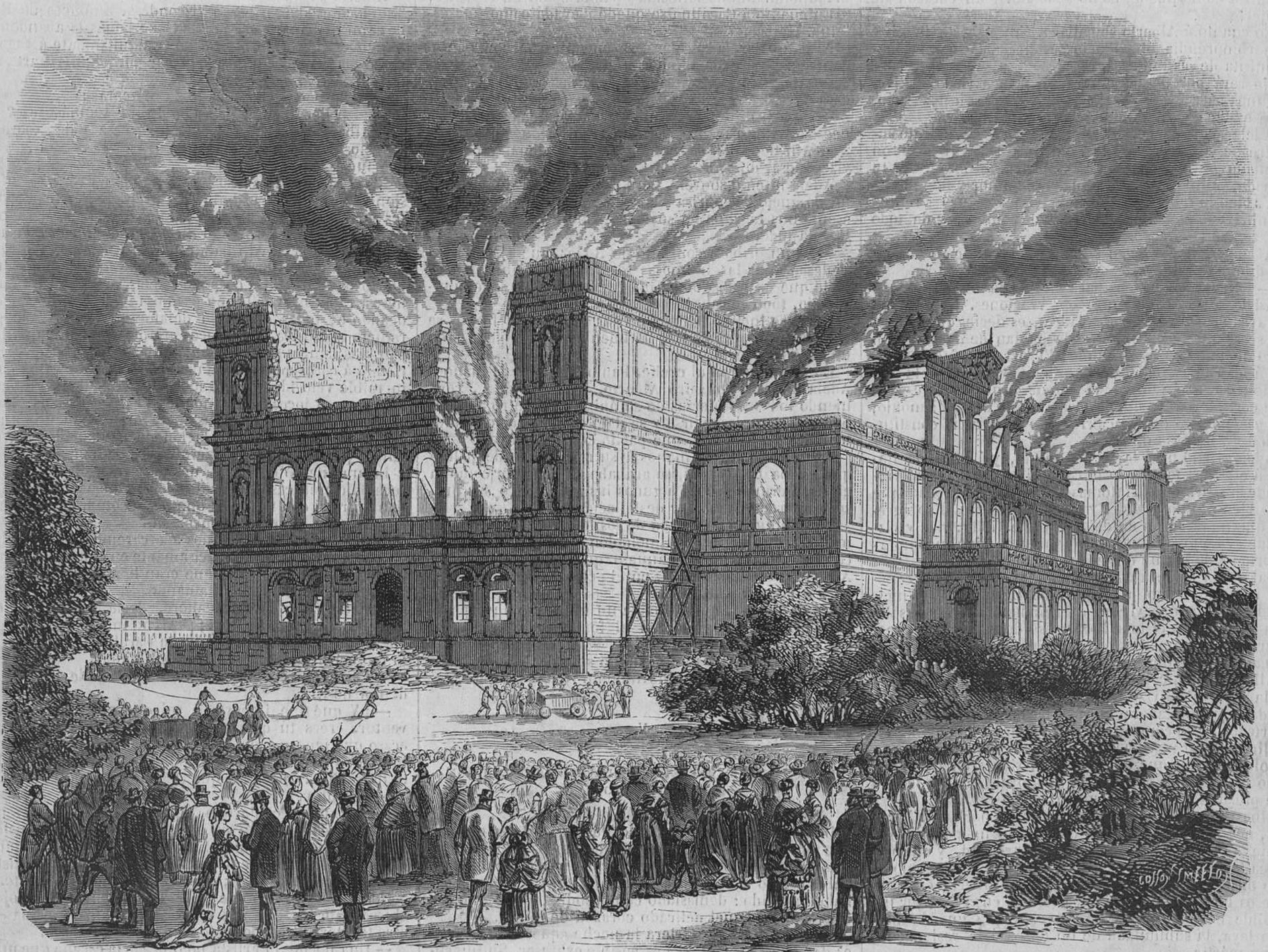
—Y no paró aquí la historia. El artista al día siguiente se presentó en su casa, pero no fué recibido. Iba sin duda á pedirle perdón por la insolencia de la mujer que le había devuelto el pañuelo. Cuando no se puede hablar, se puede escribir. Esto es lo que pensó el artista. La dama del palco estaba aquella misma tarde en su habitación, cuando un ruido repentino la hizo dar un grito. Un cristal de su balcón había volado hecho pedazos, y una piedra con un papel atado á ella cayó á sus pies. El papel decía poco mas ó menos estas palabras: «Señora, si no quiere Vd. que un desgraciado se haga saltar la tapa de los sesos de un pistoletazo, esta misma noche á las doce y al pie de sus balcones de usted, que á esta hora caiga un pañuelo, una cinta, una flor, cualquiera cosa que le diga al que sufre: ¡Esperanza! — Gualtero.» ¡Sí, firmaba Gualtero! ¿No es verdad que era romántico el billete?

—¡Carolina!

—Y no paró tampoco aquí. A las doce de la noche Gualtero fué puntual á la cita que había dado, y al sonar la última campanada de la hora de los fantasmas, cuidando de hacer todo el mayor ruido posible, amartilló una pistola y se oyó...

—¡Por Dios, señora!

—¡Oh! no temas, no fué el tiro lo que se oyó; no era Gualtero tan loco que lo tomase de veras... lo que se oyó fué un grito que salió del balcón de la dama, y un pañuelo cayó á los pies del artista, el mismo pañuelo bordado que ya se había arrojado desde un palco al artista. Solo que esta vez iba acompañado de un billete, y este billete decía: «Si en el baile de máscaras de mañana, después de las dos, un máscara se pasea por el salón con este pañuelo en la mano, la Esperanza acudiré en su auxilio.» Y Gualtero, loco de alegría, ha venido hoy al baile con el pañuelo guardado, para ostentarlo triunfante en cuanto el reloj haya señalado la



DRESDE.— Incendio del Teatro Real en la noche del 21 de setiembre.

hora. ¿Dí, es esta la historia? ¿No es así como ha pasado? ¿Falta algún detalle?

— Carolina, dijo entonces Gualtero con tranquilidad y con acento enérgicamente pronunciado, te he dejado concluir sin interrumpirte...

— Es que no he concluido aun, dijo vivamente la joven: te he dicho el objeto con que has venido al baile, pero me falta decirte que yo, la mujer ultrajada, yo, la única que tengo derecho á tu amor, yo no te abandonaré un solo instante en toda la noche; y cuando venga esa dama, esa señora, esa vizcondesa, hallará á la pobre cómica al lado del artista.

— Carolina, siento tener que decirte que mi paciencia está próxima á concluirse; siento tener que decirte que para tí, para mí, para entrambos, seria mejor que te marcharas buenamente, porque...

— ¿Por qué?

— Porque no respondo de mí como te quedas.

— ¡Oh! pues te seguiré, te seguiré como tu sombra, como tu conciencia.

— ¡Señora!

— Me cogeré á tu brazo, no te abandonaré un instante...

— ¡Te he dicho que te fueras! exclamó Gualtero palideciendo de cólera bajo su máscara.

— No; en vano lo intentas.

— Pues me iré yo entonces.

Y rechazando tan violenta como brutalmente á la joven, la hizo caer sobre el banco junto al cual habia pasado la conversacion, y se perdió entre las máscaras.

Carolina no acabó de caer al empuje brusco y repentino que le diera Gualtero. Un brazo la detuvo. Era Alberto, que precipitadamente la arrastró consigo fuera del baile, para robarla á la curiosidad de aquellos que á las últimas palabras de los dos amantes pronunciadas en voz alta, se habian acercado, presenciando el desenlace de la escena.

Al estar fuera del salon, Alberto dijo á Carolina:

— Señora, su preocupacion de Vd. le ha impedido ver que yo estaba cerca de Vd. escuchándola. He asistido á parte de la escena que acaba Vd. de tener con ese hombre, pero lo que he oido no me basta. Dios sin duda me ha llevado á pasar por delante de Vds. dos, en ocasion en que pronunciaba un nombre que me ha impedido á escuchar. Señora, hay acaso una mujer en este momento que es mas desgraciada que Vd., que sufre

Problemas de ajedrez.

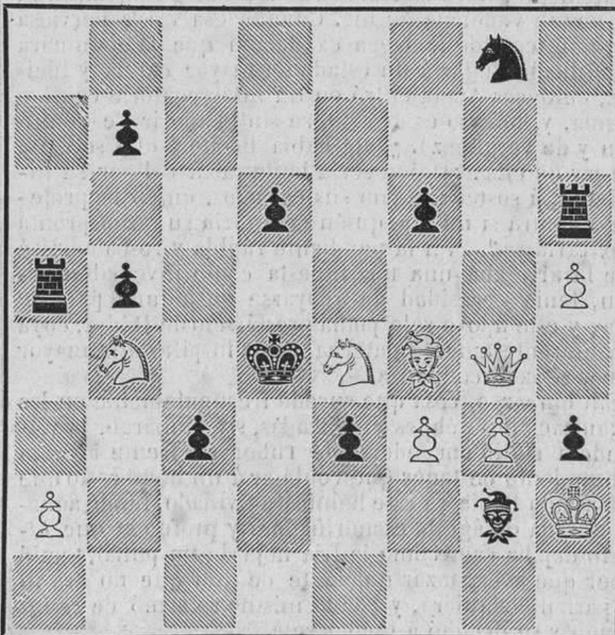
Solucion del número 297.

- 1 T 5ª AR
- 2 A 4ª Rª
- 3 A jaque-mate.

R toma T
R 5ª R ó 3ª R

PROBLEMA NÚMERO 298, POR M. KIRMAJ DE SZAIRMAI.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

mas que Vd., que se ve arrastrada por una pasion tan insensata como invencible, hácia un abismo en el que puede caer si una mano no acude á tiempo para salvarla. Yo puedo ser esta mano, señora. En nombre de Dios, repítame Vd. lo que há poco contaba Vd.; que yo me entere, que yo lo sepa, que no se me oculte nada.

(Se continuará.)

VICTOR BALAGUER.

Incendio del Teatro Real de Dresde.

Leipsick 23 de setiembre.

Envio adjunto el dibujo de un incendio que ha causado en la ciudad de Dresde y en toda la Sajonia una profunda pena. El Teatr Roéal de Dresde ya no existe, y sabido es que ese teatro de ópera de primer orden representaba con una superioridad reconocida uno de los santuarios del arte en Alemania.

El 21 de setiembre unas bailarinas que estaban en la sala de los ensayos, comenzaron á gritar que habia fuego. Parece ser que por descuido un operario que trabajaba en el vestuario, prendió fuego á los trajes con un aceite inflamable. En corto tiempo hicieron las llamas progresos extraordinarios, y los socorros que se organizaron inmediatamente no pudieron por desgracia salvar el edificio. Apenas se consiguió poner al abrigo los archivos, los libros de la administracion y algunos objetos de ornato. La intensidad del calor era tan grande, que los bomberos que querian acercarse al monumento tenian que principiar por inundar el abrasado empedrado de las calles.

Todo el edificio tiene que reconstruirse enteramente. Era una obra notable, construida de 1837 á 1840 por el célebre Semper. Se calcula que pasa de tres millones de francos la pérdida que ha sufrido la ciudad de Dresde.

Destruido el monumento, se pregunta uno qué va á ser de toda esa numerosa poblacion de cantantes, bailarines, músicos y obreros que vivian del teatro de la ópera. Es otro luto que hace mas dolorosa aun la pérdida inmensa que señalo en estas breves líneas.

A. T.